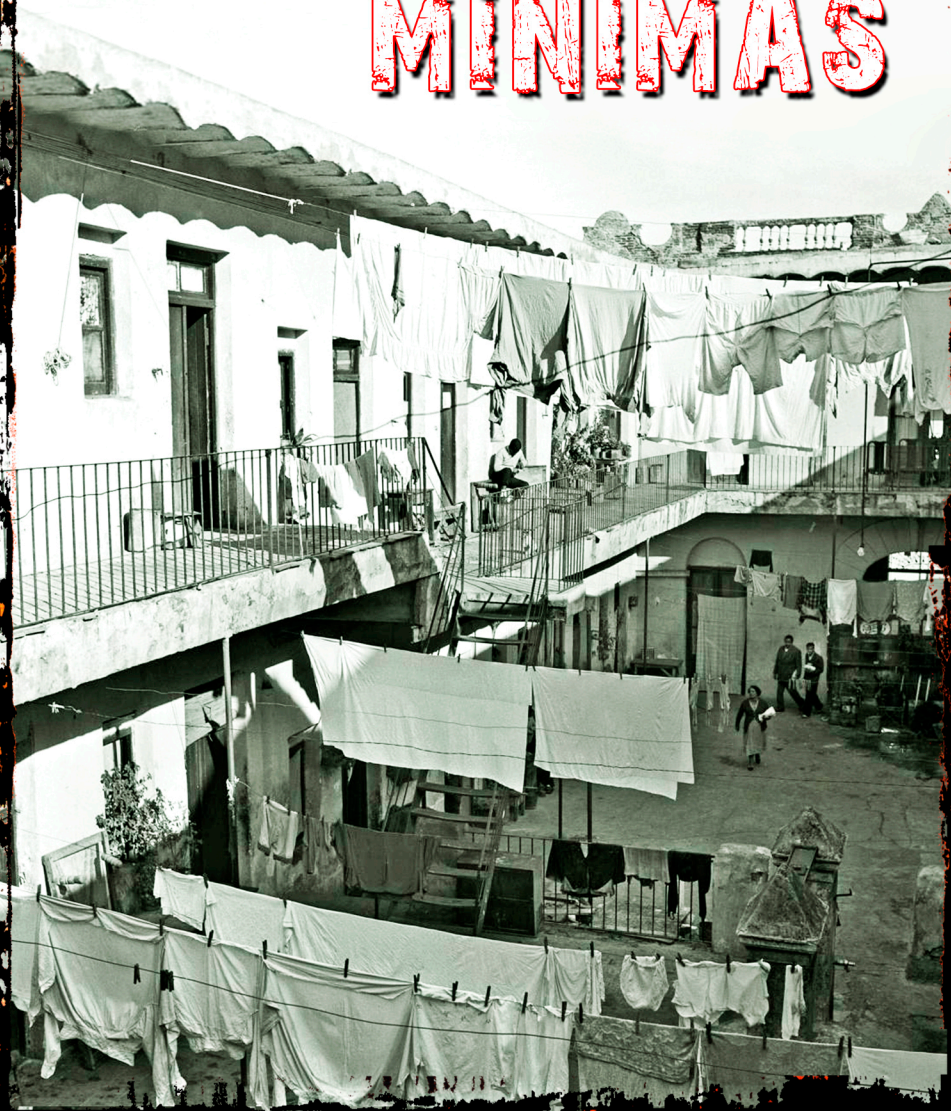


González Vera

VIDAS MÍNIMAS



José Santos González Vera (1897-1970) fue un escritor anarquista chileno que obtuvo el Premio Nacional de Literatura en 1950.

Publicó en vida 8 libros. O sea, produjo poco.

Sus obras, “corregidas y disminuidas” en sus sucesivas ediciones, son verdaderas joyas. González Vera, sólo escribe, muestra y pasa.

La incursión del autor en el mundo del conventillo, y, por ende, en el universo de la pobreza chilena, se realiza a través de sus libros *Vidas mínimas* y *Cuando era muchacho*.

Vidas mínimas es breve, muy sintética, como a pasitos cortos, en que la acción corre a parejas con las historias de amor, escritas en primera y tercera persona.

El libro está dividido en *El Conventillo* y *Una mujer*. En *El Conventillo* aparentemente, pero solo aparentemente, el tema del poder y la dominación están ausentes (véase el apéndice). *Una Mujer* es una novela donde, al margen de su temática, las referencias al anarquismo son más explícitas.

El autor ocupa un lugar sobresaliente en la literatura chilena.

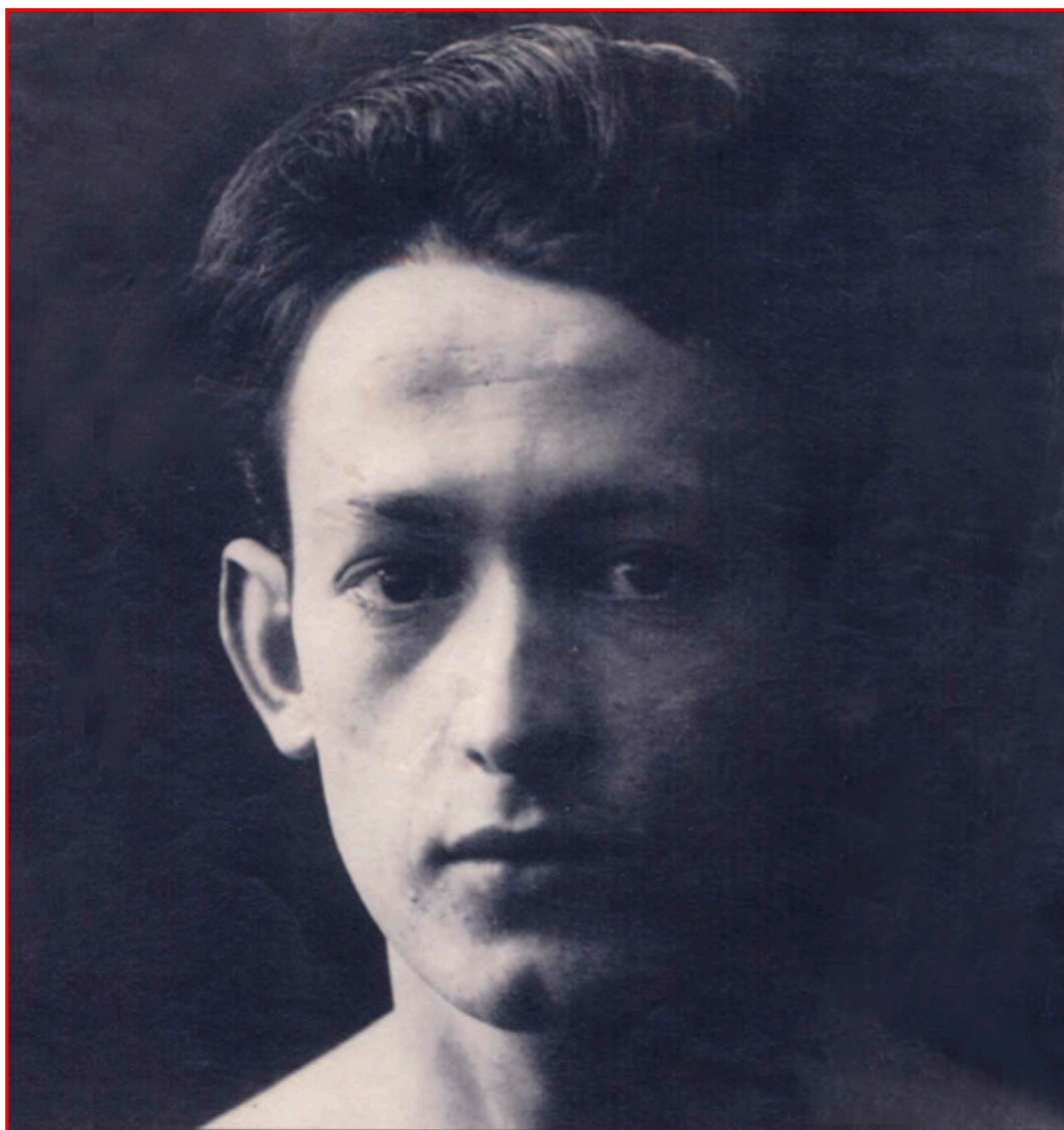
GONZÁLEZ VERA

VIDAS
MÍNIMAS

EDICIONES ERCILLA

González Vera

VIDAS MINIMAS



VIDAS MINIMAS

GONZALEZ VERA



Edición de 1923

Edición digital: C. Carretero

Difunde: Confederación Sindical Solidaridad Obrera

https://solidaridadobrero.org/ateneo_nacho/biblioteca.html

ÍNDICE DE CONTENIDO

PREÁMBULO:

González Vera, el anarquista apacible

Alberto Mantilla

Extraído de la edición de LOM, 1996

VIDAS MÍNIMAS

PRÓLOGO

Alone

El conventillo

Una mujer

APÉNDICE:

Trazos de poder y resistencia en *El conventillo* de González Vera

Mario Rodríguez Fernández (Universidad de Concepción Chile
mariorod@udec.cl)

Pablo Fuentes Retamal (Universidad de Concepción Chile
p.fuentes.retamal@gmail.com)

Extraído de: ResearchGate:

<https://www.researchgate.net/publication/353558636>



José Santos González Vera

PREÁMBULO

GONZÁLEZ VERA, EL ANARQUISTA APACIBLE

Alberto Mantilla

José Santos González Vera, un hombre afable, quitado de bulla, buen conversador, ajeno a todas las vanidades, fue sacudido de pronto por una noticia increíble: habla ganado el Premio Nacional de Literatura de 1950. Al comienzo creyó que se trataba de una broma de sus amigos. Y siguió atendiendo con despreocupación el teléfono de su oficina en un edificio de la Universidad de Chile donde se desempeñaba como funcionario del Departamento de Cooperación Intelectual. El propio Rector de entonces, Juvenal Hernández, le comunicó que un jurado presidido por él, e integrado por los escritores Ernesto Montenegro y Francisco

Walker Linares, le habla concedido el máximo galardón que el Estado otorga a los escritores chilenos.

De Inmediato su lugar de trabajo fue invadido por periodistas y fotógrafos que le pedían declaraciones. Todavía no se recuperaba del asombro. El escritor no hizo consideraciones trascendentes sobre su literatura. Sólo expresó una aspiración:

–Espero que ahora tendré editores para mis obras.

Había publicado apenas dos pequeños libros: “Vidas mínimas” en 1923 y “Alhué” en 1928.

No fueron muchos los que aplaudieron el Premio. El novelista Luis Durand, que era candidato casi obligatorio a la recompensa, comentó:

“Las obras completas de González Vera caben en un cuaderno de composición de un escolar”.

El temible Pablo de Rokha fue más lapidario:

“Es apenas un fotógrafo de plaza de provincia”.

Ambas opiniones fueron incorporadas por el escritor a las solapas de las ediciones sucesivas de sus libros posteriores. Acostumbraba siempre a reproducir los elogios y las críticas adversas a sus escritos.

Escribía sobre sí mismo en tercera persona con su particular humor. No se jactó de sus triunfos literarios. Dijo “Aunque a “Vidas mínimas” la crítica le fue favorable y regaló media edición de mil ejemplares, demoró diecisiete años en vender la otra mitad. Con “Alhué” los críticos también se mostraron generosos. Regaló cuatrocientos ejemplares. Los lectores, ya más ávidos, en doce años agotaron los demás”.

Uno de los miembros del jurado del Premio Nacional, Francisco Walker Linares, Intentó acallar las protestas con un argumento novedoso: los premios nacionales de literatura no deben servir sólo para consagrar a escritores sino para darlos a conocer y lanzar nuevos valores. Con este criterio el jurado tomó en cuenta la obra de González Vera que sin ser numerosa es realmente valiosa”. La parquedad creadora del autor se aceleró discretamente en sus últimos veinte años de vida. Publicó “Cuando era Muchacho” (1951): “Eutrapelia, Honesta Recreación (1955); “Algunos” (1959) “Aprendiz de Hombre’ (antología 1960) “La Copia y Otros Originales” (1961); “Necesidad de Compañía” (1968). Dejó inédita “Siempre en Primavera’ una obra que no ha sido publicada hasta hoy.

Sus libros “Corregidos y Disminuidos” en cada nueva edición no se marchitan. Conservan un humor leve y crítico; una suerte de ternura y estremecimiento frente a la vida de los sencillos seres que retrató; son certeros los esbozos de sus amigos y los testimonios de gran encanto de la época en que vivió.

Sus relatos, cuentos, retratos, son pequeñas joyas del idioma, trabajadas con el celo y la paciencia de un orfebre.

No hay una línea que sobre. Y tras su tono menor se perciben turbulencias subterráneas.

Los comentaristas lo han comparado con Antón Chéjov. Y no es una similitud arbitraria. Los materiales de sus libros González Vera los tomó de su propia experiencia, de su vida y sus andanzas. Percibió como pocos la soledad y el desamparo de los seres humanos, la relatividad de los valores institucionalizados, lo absurdo de las convenciones y las pasiones que consumen la vida en sociedad. Al decir de Alone “su ligera sonrisa desarma los mitos y aún les impide formarse. Encarnaba la duda, la prudencia, el buen sentido los cuales no se apasionan, no levantan la voz para condenar o bendecir”.

González Vera creía que había pocas cosas que merecían ser tomadas en serio: “Me las ingenio para coger lo ameno de la existencia. No soy un hombre serio sino por instantes. Los hombres serios, siempre afirmativos, me parecen actores”.

Sus personajes literarios son habitantes de conventillos, artesanos, obreros de escaso sueldo, mujeres tiernas, seres algo extravagantes y libres, ciudadanos de barrios y pequeños pueblos. El autor no se reconocía como un redentor lírico y cuando alguna vez lo pidieron que formulara

sus grandes definiciones expresó: “Amo el concepto de libertad y creo que lo fundamental en mi vida es la idea de que soy profundamente anarquista”.

Nació el 17 de septiembre de 1897 en San Francisco del Monte, un pequeño pueblo rural entre Morilla y Talagante. Su padre fue un hombre pobre pero letrado. Durante un tiempo fue alfabetizador de carabineros y campesinos y llegó a ser jefe de la policía de Til Til. Escribía relatos y versos patrióticos y tenía severas concepciones sobre la obediencia, los deberes y la legalidad. Cultivaba cierta vocación de dibujante y en sus días libres pintaba acuarelas en las que retrataba el paisaje circundante. La madre era dulce y resignada. Leía novelas por entregas y le gustaba contarle los argumentos a las vecinas que eran analfabetas y no podían descifrar los cuadernillos que traía el cartero y que narraban melodramas cuyos protagonistas eran duques y condesas que vivían infortunios interminables.

En 1903 la familia se trasladó a Talagante Allí matricularon al niño en una escuela rural. El único profesor era un hombre bizco y de cabellera roja. Aseguraba que “la letra con sangre entra” y castigaba a sus alumnos con tal sadismo que dejó en el escritor la primera visión “del aspecto brutal de la vida”.

El panorama campesino cambió cuando el padre fue trasladado a Santiago. González Vera ingresó a una escuela religiosa donde la disciplina no era muy diferente a los rigores de Talagante. Luego fue matriculado en el liceo

Valentín Letelier. Cursaba su primer año de humanidades cuando fue expulsado por negarse a asistir a clases de gimnasia, canto y caligrafía. El padre se indignó. Le dijo que no iría a ninguna otra escuela y que desde entonces tendría que trabajar y ganarse la vida por sus propios medios. El muchacho tenía recién 13 años

Empezó entonces su aprendizaje en “la Universidad de la Vida”. A partir de 1911 fue pintor de letras y carruajes, mensajero, lustrabotas en el Club de Septiembre, aprendiz de barbero, mozo de una sastrería y de una peletería, mozo de la Biblioteca Nacional, encuadernador de una imprenta. En 1914 le sedujo el oficio de vendedor de libros viejos en Valparaíso. Abandonó esa ocupación para ser cobrador de boletos en el tranvía que iba y volvía de Valparaíso a Viña del Mar. En “Cuando era Muchacho” contó las vicisitudes de ese trabajo:

“Era frecuente que el carro en el terminal se repletase de gente que subía simultáneamente por ambas plataformas. La cobranza con el vehículo en marcha, y con tal hacinamiento de prójimos, era lenta, llena de peligros, penosísima. Desde luego imposible resultaba cobrarles a todos, no quedaba tiempo para ordenar las paradas ni las partidas; protestaba el público, el maquinista me injuriaba con expresiones muy cálidas, y de subir el inspector debía enfrentar su fiera mirada, y el parte que no demoraba sino segundos redactar”.

Regresó a Santiago y ya desprotegido para siempre por su familia se instaló a vivir en un conventillo de la calle Maruri, a una cuadra de la pensión en la que llegaría a vivir en 1921 un lacónico y delgado joven de Temuco que escribió allí un libro llamado “Crepusculario” y que usaba el seudónimo de Pablo Neruda. Lo conoció luego, sin intimar mucho, en la Federación de Estudiantes.

En la capital se desempeñó como aprendiz de zapatero, peluquero, ayudante de una casa de remates y de un anticuario. Leía cuanto libro caía en sus manos. Un día acudió a una conferencia en el local de los obreros anarquistas en la calle Arturo Prat. Le sedujeron las ideas que allí se exponían y se hizo militante anarquista. Cantaba con los obreros himnos tan rupturistas como aquello de “Chancho burgués atrás, atrás”.

Pero más que eso le atrajo el respeto por la cultura, los libros, las ideas que advirtió en humildes artesanos como el zapatero Pinto y en obreros de la construcción, talleres textiles, en vendedores ambulantes y maestros primarios. Conoció allí a Manuel Rojas, un activo anarquista recién llegado de Argentina que vivía –como él– en un conventillo de la calle Martínez de Rosas. Fue uno de sus amigos de toda la vida.

Otro de sus amigos importantes y decisivos fue el poeta Domingo Gómez Rojas, que era elocuente y fantasioso. Estudiaba castellano en el Instituto Pedagógico de la

Universidad de Chile y admiraba a Oscar Wilde y a Gabriel Miró. Gómez Rojas se empeñaba en convertir en escritores a sus amigos. Descubría por doquier talentos literarios que en general no eran tales.

Un día González Vera caminó con él por las riberas del río Mapocho. Le recomendó escribir cuentos y cuando respondió que no tenía muchos temas le dijo:

“Escribe sobre lo que has visto y vivido, sobre tus amigos y conocidos. En la literatura todo vate”.

Así nació “El Conventillo”, el primer relato de “Vidas mínimas”. Por esos días González Vera conoció también al Dr. Juan Gandulfo. líder indiscutido de la juventud de la época, gran orador, anarquista de convicciones y promotor de movimientos políticos y culturales. Gandulfo le puso en contacto con los editores de la revista “Selva Lírica” de la que fue vendedor y agente de avisos. Trabajó simultáneamente en “Numen”, otra revista literaria, y hasta se atrevió a fundar su propia publicación “La Pluma”, en la que publicó sus primeros trabajos.

En 1920 la Federación de Estudiantes era la más activa e importante organización juvenil. Excedía los marcos estudiantiles de la Universidad de Chile y en sus movilizaciones participaban los jóvenes de todos los signos revolucionarios. Allí autodidactas como González Vera o Manuel Rojas encontraron un lugar para desplegar sus

inquietudes. Ambos participaron en la redacción de las revistas “Juventud” y “Claridad”. Por esos días un grupo de jóvenes chauvinistas, apoyados por agentes policiales, asaltaron el local de la FECH y también la pequeña oficina que funcionaba allí y que servía como redacción de “Numen”.

González Vera estaba destinado a pasar una temporada en alguna cárcel o a ser maltratado por la policía. Le aconsejaron huir al sur y no aparecer en la capital por algún tiempo. Viajo a Temuco y recién en el tren se dio cuenta con pavor que había perdido los originales de “Vidas mínimas”, en cuya escritura había trabajado todos los días durante meses. Pensó en reconstruirlos, pero no alcanzó a terminar la tarea.

A su regreso a Santiago, un año después, los recuperó íntegros de manos de la policía. Mientras tanto trabajó como periodista del diario “La Mañana” de Temuco cuyos colaboradores poéticos eran, a veces, Pablo Neruda y Juvencio Valle. Siguió viaje después a Valdivia donde trabajó como obrero de forja de una fundición y se desempeñó otra vez como periodista que entonces era un oficio vago e incierto.

De regreso a Santiago decidió publicar de una vez por todas sus “Vidas mínimas”. Temía que los originales se le perdieran de nuevo y acudió a sus pobres amigos para financiar la edición. Logró reunir el dinero con colectas y erogaciones de

anarquistas. Tenía 27 años. El volumen no excedía las 100 páginas y lo integraron sus relatos “El Conventillo” y “Una Mujer”. Fue a mediados de 1923

Había publicado antes “El Conventillo” en una revista. El propio González Vera cuenta sabrosos detalles de esa publicación Inicial:

“Casi ignorándolo derivé hacia la literatura. Redacté un boceto titulado “El Conventillo”. Conocí a don Miguel Luis Rocuant que, por cortesía, me pidió colaboración para su revista. Don Miguel era de figura imponente; vestía bien; daba bastonazos a los choferes que ensordecían con sus cláxones; al término de su almuerzo encendía un puro larguísimo y, dos veces por semana, visitaba al Presidente de la República, que era su amigo. El título de mi escrito le pareció de malísimo gusto. Cuando se lo entregué vestía paletó enhuinchado. Fue peor. Mas como hombre fino y de educación a prueba de emociones, hizo un gesto amable y dijo:

–Mejor le pondremos “En el Arrabal”.

“En el Arrabal” fue la base de ‘El Conventillo’, que en seguida desarrollé y es parte de “Vidas mínimas”.

Los personajes de ‘El Conventillo’ son un comerciante ambulante de pescado algo borrachín, una tísica sin remedio, una mayordoma charlatana, un coleccionista de

desperdicios, una muchacha que toca el arpa y canta en el patio, un zapatero anarquista, una pareja de rateros perezosos.

El autor los observa como actores de la comedia humana. No se compromete con alguna solución para hacer mejor sus destinos. No protesta. Los retrata como seres humanos iguales a otros. Son “partículas de la vida universal” como lo expresó Alone al comentar el libro. Se advierte una honda penetración psicológica unida a cierta sonrisa de simpatía y de ternura que no acentúa su intención y que se detiene en el límite justo para no transformarse en un discurso político a la manera de Nicomedes Guzmán, que trató el mismo tema en “Los Hombres Oscuros” y “La Sangre y la Esperanza”, con un evidente compromiso de denuncia y protesta.

Cuando el crítico Ricardo Latchman comentó “Vidas mínimas” en 1923, apenas aparecido en alguna librería, anotó: “En este libro no hay premeditación: no se da en él preferencia al naturalismo que se complace en recoger lo frágil y deleznable de la vida, ni tampoco abundan las declamaciones humanitarias. Pocas veces hemos leído páginas más sobriamente realistas que las que hay en la novela “El Conventillo” de “Vidas mínimas”.

En “Una Mujer”, la segunda novela de “Vidas mínimas”, la acción transcurre en Valparaíso y de nuevo es un idilio el que sirve como débil hilo conductor de la trama. Lo importante es el otro texto: las vivencias reales, autobiográficas del

autor en un pobre hogar del puerto y las reiteradas querellas domésticas de la familia que lo acoge. El telón de fondo es la magia de Valparaíso y de personajes que parecen no existir en ninguna otra parte que no sea allí. Con breves pinceladas de certera síntesis e ironía, González Vera traza siluetas patéticas o amables con una maestría literaria que sorprende en un autor autodidacta que entonces sólo tenía 27 años.

Cinco años después –en 1928– publicó “Alhué, estampas de una aldea”. El libro, de grata y apasionante lectura recrea en realidad el pueblo natal del autor, El Monte o San Francisco de El Monte y no una localidad próxima y pareada llamada Alhué.

Con una maestría formal y enjundiosa visión. González Vera da un paseo por las calles del pueblo, que no son más de tres: la Unión, el Comercio, la Libertad. Pero casi nada pasa en ellas, excepto unas peleas de borrachos, unas tiendas de escasas ofertas, unas mujeres alegres, una iglesia. “Antes y después –dice– eran inútiles las calles porque nadie las frecuentaba. Permanecían mudas, desiertas, escondidas. Eran puro paisaje. Y salir al balcón resultaba ocioso”.

Fernando Alegría dice que una de las características de “Alhué” es su falta de objetividad inmediata. “Contiene el campo chileno pero en una lírica e impresionante abstracción”.

En “Alhué” se hacen evidentes los subtextos de González Vera. En sus páginas no pasa nada y pasa todo. El lector debe encontrar las sensaciones y los pensamientos sugeridos con toda clase de intenciones, sin sentir que el autor le lleva de la mano. Salvador Reyes anotó: “‘Alhué’ es la obra de un escritor demasiado consciente de sus procedimientos. González Vera no será nunca un escritor para el gran público: sus relatos son síntesis humanas. Cuando sus personajes aparecen ya están como de vuelta de un turbio destino.”

Después de “Alhué” González Vera guardó silencio durante 22 años. Sólo el inesperado Premio Nacional de 1950 pareció despertarlo. No obstante, sus amigos sabían que había escrito sin prisa otros libros que guardaba en sus cajones, más por falta de editores que de deseos de no publicar.

Mientras tanto se había casado en 1932 con la educadora María Marchant, figura destacada del magisterio y de organizaciones femeninas, junto a mujeres como Elena Caffarena, Olga Poblete, Amanda Labarca. Nacieron sus hijos Álvaro y Laura. Consiguió un empleo estable en la Universidad de Chile, de cuya oficina de Cooperación Intelectual –encargada de administrar becas de las universidades de otros países y de organismos internacionales– fue un eficiente funcionario.

En 1951 apareció editado por Nasomiento ‘Cuando era Muchacho’. “Lo escribí a ratos, durante cinco años. He trabajado sobre una línea de recuerdos y he puesto en él

cuanto se me ha ocurrido. Con el tiempo, si este librito suscita opiniones, llegaré a tener las mías. Yo, por ser su creador, sé lo que quise escribir, pero ignoro lo que alcancé a expresar.

En el libro, González Vera pasa revista a su juventud, a la gente que conoció, dibuja viñetas de la vida diana en los años 20; describe sus oficios, sus experiencias amables, tristes o insólitas, se detiene en el asalto a la Federación de Estudiantes en 1920 sin tomar bandera ni enjuiciar la realidad.

De nuevo todos advirtieron su prosa cuidadosa, su equilibrio, sus pinceladas más de impresionista que de muralista mexicano. Su inseparable amigo Manuel Rojas le dijo un día: “Tu prosa es como contar chauchas”. Tal era la minuciosidad casi de miniaturista que Rojas advertía en los trabajos de su compañero, cuya gestación le era familiar, casi como asistente de un largo parto.

En 1955 apareció “Eutrapelia, Honesta Recreación” (Editorial Universitaria), siete relatos breves sobre dispares asuntos tratados con una ironía a menudo corrosiva.

El más celebrado de ellos “El Conferenciante” es una burla de las conferencias y de los oradores solemnes: “En Chile rara es la persona que no desee contribuir al bienestar humano como conferenciante. Hasta los hombres más acaudalados prefieren esta forma de beneficencia”.

Describe al heterogéneo público de las conferencias, el ritual de los expositores, los comentarios del público; a los señores, los ociosos, los cesantes, los funcionarios, los jubilados que son parte habitual del auditorio. El libro sigue con sonrisas sobre “Los Buscadores de Dios” y una “Escala Mística”, para terminar con descripciones de viajes a Buenos Aires. Caracas, La Paz, Cartagena de Indias.

En 1959 publicó “Algunos” un enfoque de escritores cuya lectura o conocimiento personal dejaron alguna huella en su sensibilidad o en sus experiencias vitales. Allí están Pérez Rosales. Baldomero Lito. Federico Gana. Jorge González Bastidas. Mariano Latorre, Gabriela Mistral. Alone. Ernesto Montenegro. Enrique Espinoza y Amanda Labarca.

En 1960 la editorial Zig-Zag consideró que el escritor reunía obras suficientes como para publicar una antología de sus creaciones. Le encomendó la tarea a Enrique Espinoza –director de la revista “Babel”, que contaba entre sus colaboradores permanentes a González Vera y Manuel Rojas– quien con el título “Aprendiz de Hombre” le entregó a los escolares una narración que los profesores empezaron a exigir como lectura obligatoria.

Los últimos dos libros de González Vera fueron “La Copia y Otros Originales”, narraciones breves con un nudo central y “Necesidad de Compañía” (1968) historias de mujeres solitarias que luchan por mantener una existencia discreta.

Murió a la una de la madrugada el viernes 27 de febrero de 1970 en su casa, en las proximidades de la Plaza Egaña, en Ñuñoa. Quiso que sus restos fueran cremados, que no hubiese velorio ni homenajes y que sus cenizas fuesen esparcidas en el jardín de su hogar.

Las discusiones, siempre latentes mientras vivió, sobre el valor de su obra, ya no tienen sentido. González Vera no es un autor muerto y en vísperas de su centenario es obvio decir que es un maestro indiscutible de la literatura nacional.

Cuando arreciaban las discusiones y juicios volanderos sobre sus valores, escribió con la gracia socarrona que le caracterizó siempre:

“Opinantes zahoríes decidieron que es seguidor de Gorki, Baroja o Azorín. Aducen que domina la superficie pero que alma adentro no sabe dar ni desatar. No falta quien le niegue toda imaginación. Un literato de aventajada estatura aseveró que en sus primeras obras había algo de poesía y nada de ternura En las posteriores no se ve poesía pero sí ternura. Varios lo creen fotógrafo de la realidad, frívolo, incapaz de trazar grandes caracteres. Ingenios hay que lo hallan esquemático y apático. Hubo quienes dijeron que si va al bosque, en vez de elegir materiales para un edificio, recoge lo necesario para una caja de fósforos.

“Los apasionados lo sienten frío. Alguien lo tiene por

retratista un tanto chaplinesco, sin ñeque para escribir novelas. Un cura lo calificó de resentido. El hijo de un pastor protestante, de enemigo del pueblo. Los fervorosos le enrostran que sea escéptico. Respecto al color, dan por cierto que no ve sino lo blanco o lo negro. Estos lo consideran buen estilista. Aquéllos arguyen que no es tal, que escribe como le sale. Otros le reputan de bien dotado.

“Alguien sorprendió a González Vera, a solas, tomándose la cabeza a dos manos y exclamando: ‘¿Qué seré, Dios mío?’”.

A menudo se declaraba, en broma, divulgador del “comunismo anárquico cuyo reino en la tierra será posible en no más de un lustro”. Decía que era aficionado al té, a las pastillas de menta y a la libertad “esa que nunca se halla junto a las espadas y los fusiles”

Sus opiniones cívicas las asimilaba a su condición de “coleccionista de dudas”. Pero en todo lo que se refería a los hombres de armas era seguro. Expresó:

“El Ejército existe para defender la patria. Lo educan con dinero del pueblo, lo pagan con ese mismo dinero. Se habla de que es una fuerza obediente. Ponen en sus manos las armas necesarias ¿Y qué sucede? Se alza contra el gobierno, oprime a los civiles, también los mata y cuando al fin es obligado a volver a sus cuarteles

¿Cuántos de éstos van a la cárcel o son ahorcados?
Ninguno”.¹

González Vera fue, en definitiva, una conciencia amable, un anarquista apacible pero no por eso menos cuestionador de todo lo que hace absurda la existencia humana y frena la libertad y el pleno florecimiento del hombre común a cuya 'altura insigne' –según la expresión de Neruda– quiso estar siempre.

1 González Vera fue suegro de Carmelo Soria, un español alevosamente asesinado durante la larga dictadura militar y con el cual discutía sobre la belleza de ciertas ediciones de Neruda y sobre la necesidad de que los libros salvaran a la gente de la modorra del alma, que le parecía una de las enfermedades del siglo.

PRÓLOGO

Alone

En la nueva generación literaria, entre los jóvenes que tienen obra realizada, pero no han publicado aún su primer libro, la personalidad de González Vera aparece completamente definida y aparte.

Es un espíritu muy curioso.

Fino, sutil, analista íntimo, habita un conventillo, entre lavanderas y zapateros remendones; pero en vez de lamentarse y huir de ese medio inadecuado, lo mira minuciosamente, lo estudia con ojo atento y lo describe detalle por detalle, sin repugnancia ni aspavientos de odio. Otros escritores nacionales, hijos de millonarios, han pintado

la vida de nuestro bajo pueblo clamando misericordia, maldiciendo al rico explotador, derramando torrentes de palabras cáusticas. González Vera no se inmuta, no hace un gesto; el espectáculo le interesa no por sus proyecciones sociales, sino desde más alto, –en sí mismo, como partícula de la vida universal.

Se detiene en las exterioridades lo indispensable para verlas y en seguida va a las almas, mueve sus pequeños resortes, descubre sus matices fugaces y las dibuja, en trozos menudos y apretados, sonriendo apenas, con exquisita distinción.

¡Así los cortesanos de Versalles contemplaban la sociedad culta bajo Luis XIV!

Esta actitud de neutralidad impasible presta a sus páginas un aire nuevo y extraño. El autor, héroe de los relatos, parece un hombre de novela rusa, algún príncipe de Dostoyevski, absurdo del cerebro. Tiene la inteligencia clara y la voluntad vacilante, se examina sin cesar, se juzga con buen sentido, se condena enérgicamente y observa una conducta fuera de la lógica, coherente en la rareza, asentada con solidez en un suelo ilusorio.

Lejos está, sin duda, de su ánimo, el presumir de humorista y aún de poeta; sólo pretende observar con exactitud y expresar con absoluta sinceridad lo que observa, dentro y fuera de sí mismo; pero a cada paso la agudeza de la visión y

la penetrante finura del análisis arrancan una sonrisa involuntaria y por momentos el alma se le escapa sin querer hacia el lirismo.

La forma literaria no le preocupa en el sentido corriente, no persigue la armonía de los sonidos, el número de los elementos ni la pureza del idioma; si aparta la vulgaridad es por simple instinto señorial, por aristocracia inconsciente del espíritu, y en la incorrección misma parece correcto. La túnica descuidada y rota a veces de su estilo, desdeña el vuelo ampuloso de la oratoria para ceñir al cuerpo delgado la línea precisa, larga, recta o entrecortada de la pura realidad.

Se encuentra bien dentro del conventillo y no se le ocurre dejarlo; pero su cuarto redondo encierra el universo y está traspasado de luz. Es un pensador y las cosas y los seres tórnanse de cristal bajo su mirada. Toma las emociones en la mano sin quemarse. De ahí su veracidad, y su desproporción cómica; habla de las viejas feas y de los obreros tuertos con exquisita elegancia y describe los estados de ánimo de una perdida en impecable frase. Está lleno de caricaturas sin quererlo, es decir, del mejor género de caricaturas. El fuego de la vida no lo ha incendiado, le da solamente una vivísima luz que proyecta sombras grotescas, naturales. Él mira todo aquello con la curiosidad sorprendida del que ve por primera vez un fenómeno y la sabiduría serena del que conoce de antemano las leyes universales.

Si además de la facultad intelectual soberana, helada a veces en medio de su viveza, quisiéramos hallar en González los elementos propios del poeta –fantasía, sentimiento, dolor y amor– deberemos poner mucha atención para descubrirlos.

Están en germen.

Es el primero cierta universal simpatía que supone esa misma contemplación en apariencia tan desinteresada de las cosas. No se conoce bien sino lo que se ama. El autor de “Vidas mínimas” necesita amar extraordinariamente la vida entera para reflejarla con tanta nitidez y en el fondo de su frialdad superficial palpita sin duda el goce de comprender, el más intenso de todos, la voluptuosidad suprema, concedida a pocos, vecina al éxtasis y al nirvana. Y esto es muy raro. Todos o casi todos saben querer, odiar, bendecir, anatematizar; el movimiento del rebaño los empuja; pero entre mil, uno o dos, no más, entienden.

Y el amor... En “Una Mujer” encontramos dos o tres pasajes por donde cruza la pasión y su voz resuena como una música del Norte, *lieder*² ligero, alado, un tanto filosófico: “Mis pasos la conducían, mi voz la expresaba y mis ademanes la realizaban. Tenía conciencia de que mi

2 El lied (cuyo plural en alemán es lieder) es un término utilizado en la historia de la música para designar la canción de concierto, en general en idioma alemán, cuya letra es un poema al que se ha puesto música y está escrito para voz solista y acompañamiento, generalmente de piano. [N. e. d.]

personalidad se transparentaba para impresionarse mejor de cuanto le era propio. Mis acciones tenían su carácter. Ella podía habérselas apropiado. Llegué a sentir que era *más* alta que los campanarios y más ancha que las ciudades. Las casas, los hombres, las mujeres, lo que comprende la realidad se me figuró la consecuencia de su vida. Para evocarla ponía mi faz frente al cielo...” Al escuchar esta canción sentimos que, en verdad, la amaba y comprendemos que hay un fino, un raro, un exquisito poeta bajo la urna de cristal del analista.

Por ese mismo camino, hacia el final de la misma pequeña novela, llega el compañero del amor: el sufrimiento.

“Una Mujer”. María es hija del conventillo. ¡Hija demasiado auténtica! Tiene todas las groserías y bajezas de su estirpe y ni el mismo manto del amor logra cubrírseles. Una vez, él le habla. “Aguarda su respuesta angustiado, oprimido, con el alma dentro del minuto. Por fin contestó titubeante: No es posible... No puede ser... Ud. sabe que tengo a otro...” A pesar de ese “otro” él continúa queriéndola e insiste; pero ya no espera casi. “La imposibilidad de ser su hombre hace que mi pecho se vaya hinchando de odio –dice–. Odio hacia ella, que es mi único apoyo afectivo y odio hacia cuantos me rodean. Yo mismo me siento cada vez más despreciable. Me repugno corporalmente por ser adamado, frágil y moralmente por ser más recto y menos impulsivo que el común de los hombres. Poseo una individualidad que me arruina. Sin desearlo y sin tener la consistencia espiritual necesaria, estoy como obligado a marchar por un camino

donde sólo es permitido ver o ser visto, sin participar jamás en la vida de los hombres. Quizás si todo este mal inmenso me lo ha creado la manía de explicarme demasiado las cosas.” Por primera vez, dolorosamente, se pone la mano en la llaga secreta y sangra. “¡Oh! –exclama–, si pudiera romper el nudo...” Y sigue analizándose, repite, sin saberlo, la queja de Renán adolescente y la de todos los pensadores ante la mujer, se queja de la soledad superior, del aislamiento de las cumbres, del terror que inspira a esa creatura de instintos infantiles cuando se le acerca con su mirada demasiado lúcida y su inteligencia que la desarma.

Hasta que llega la escena final, inevitable.

María, medio ebria, regresa de una fiesta, manchada de vino. Él se lo reprocha. “Esta frase la trastornó, la enfureció, la desbordó. Su reserva de animalidad, de instintos oscuros le dieron una fisonomía casi espantosa. Corrió al aparador, cogió una taza y la disparó violentamente contra mi cuerpo, gritando a la vez: ¡Aprende imbécil! ¿Hasta cuándo quieres que te soporte? ¿Con qué derecho te preocupas de lo que haga? ¿Debo quererte a la fuerza? Es necesario que lo sepas... Te aborrezco, sí, te odio..., te odio porque eres un egoísta, porque te falta no sé qué para ser un hombre. ¡No quiero verte ni oírte más, nunca más...!” (Y él, que para evocarla, “ponía la faz frente al “cielo”...)

Es la hembra, la bestia, el ser de otra raza que reconoce al enemigo y lo acomete, es la materia rebelde al espíritu, el

instinto de la carne enfurecido contra el instinto de la inteligencia, la eterna y renovada tragedia de la vieja humanidad que estalla en esa última página y después de tantas visiones nítidas, de tantas observaciones agudas, del humorismo superior, la sonrisa atenta y filosófica, el vago amor a la existencia universal, remueven profundamente las entrañas, revuelven el fondo mismo de la vida y dejan un sabor amargo.

Son el golpe en la frente pensadora y la herida en el corazón delicado.

VIDAS MÍNIMAS

EL CONVENTILLO

Vivo en un conventillo.

La casa tiene una apariencia exterior casi burguesa. Su fachada que no pertenece a ningún estilo, es desaliñada y vulgar. La pared pintada de celeste ha servido de pizarrón a los chicos de la vecindad que la han decorado con frases groseras y mordaces; con líneas y rayas absurdas marcadas con carbón y mil caricaturas risibles y canallescas.

La puerta del medio permite ver hasta el fondo del patio. El pasadizo está casi interceptado con artesas, braseros, tarros con desperdicios y una cantidad de objetos arrumbados a lo largo de las paredes ennegrecidas por el humo.

En el patio se ve un hacinamiento de muebles deteriorados y utensilios fuera de uso que yacen ahí por negligencia o previsión de sus dueños. Sobre una mesa, aprisionadas en

tarros y cajones, algunas matas de hiedra, claveles y rosas, elevan sus brazos multiformes en un impulso irresistible de ascensión. El verde tonalizado de las plantas se desprende del conjunto incoloro y sin fisonomía de las cosas.

Los pequeños harapientos del conventillo gritan y chillan mientras bromean con los quiltros gruñones y raquítricos.

Al lado de cada puerta, sobre braseros y cocinas, se calientan tarros con lavasas³, tiestos con pucheros y teteras con agua; pegado a las paredes asciende el humo manchándolas de hollín; por sobre los tejados forma una densa mancha que se pierde en el espacio.

El patio parece una colmena. Chillidos, gritos y exclamaciones se funden en un ruido pesado que ahuyenta al silencio. Las viejas toman mate junto a sus puertas; otras mujeres lavan inclinadas sobre la acequia negra, gritando amenazas a sus chicuelos y hablando por los codos.

Me he quedado en casa buena parte del día.

Al atardecer fui al sitio de un vecino y tomé una rosa. Una pequeñita rosa muy perfecta en su sencillez. Al cortarla pensé en ella y la dejé en un vaso hasta su llegada.

3 Agua que queda después de lavar o deslavar, especialmente la mezclada con los elementos lavados. [N. e. d.]

Ya anochecido vino una amiga. Mi madre no había regresado aun. La recibí en mi cuarto y conversamos sobre asuntos vacíos de interés. En ese instante llegó mi chiquilla de un humor terrible. Quise bromear; pero me llenó de impertinencias. A pesar de eso le ofrecí la rosa; entonces sin recibírmela, dijo despreciativamente “de esas basuras el cementerio está lleno”.

Esto me acaloró, me irritó. Una oleada de malestar pasó temblando por mi cuerpo. Volví la rosa al vaso y conteniéndome guardé silencio.

Esa muchacha tan querida me pareció odiosa, vulgar hasta la estupidez. Sobre todo, me contrarió su falta de sentido artístico. De buena gana la hubiera abofeteado...

La atmósfera de mi cuarto me ahogaba... Me fui al parque caminando a grandes pasos abrasado por la angustia.

Ha transcurrido una semana. No hemos cruzado palabras ni miradas.

Nos espiamos con el fin de ocultarnos. Las primeras noches han sido atroces... Solo, sentado en la sombra, he sufrido una especie de tortura física, aguardando inútilmente, tratando de fortalecer la idea de una posible reconciliación... que seguramente no se hará.

El tiempo se ha hecho sentir demasiado. A ratos me he dado a filosofar sobre estas extrañezas del amor que nos amargan tanto, y esto me ha entristecido más....

Sin quererlo advertí que empezaba a conformarme... Quedarse de repente sin amiga es algo violento. En estos días nos hemos visto obligados a cambiar frases. Posiblemente dar el primer paso es contrario a mi orgullo. Mas... puede que este acto me achique ante sus ojos; pero ¿qué importa?

Ella se ha resistido. Ha puesto la cara marcadamente dura ante mis preguntas y sus respuestas me han descorazonado. Mi sensibilidad se ha irritado y mi carácter ha perdido su cordialidad.

A ratos he sentido indignación contra esa parte de mí mismo que se empeña en reconquistarla, rebajándose y plegándose a sus más disparatados caprichos.

No es bonita. No posee grandes atractivos... La juventud solamente; pero su carencia de raciocinio y su impetuosidad la hacen merecedora de sacrificios. Cuando uno logra pesar sobre ella, se experimenta la sensación brutal del dominador.

Su dureza va desapareciendo muy poquito a poco. Su voz es menos áspera y hasta sus ojos claros suelen mirarme... Eso si, que con ojeada rápida, furtiva; pero sin ningún odio.

En la noche he logrado verla. Estaba junto a su cocina partiendo trozos de leña. Una que otra llama se estiraba arañando la sombra y hacía visible, fugitivamente, su rostro.

El patio estaba oscuro. De los cuartos salía un rumoreo de voces que se alzaban y extinguían en un momento para renacer acompañado de un ruido de máquina, de un grito, un llanto, una risotada o un golpe que ahuecaba el silencio por un instante.

Paseaba desde la puerta hasta el fondo del patio. Trataba inútilmente de internar la mirada por entre el arrumbamiento de armatostes. La noche me trasfigura las cosas. Por un no sé qué absurdo llego a creer que inusitadamente van a rebelarse por un aspecto nuevo, a revestirse de una forma espeluznante, terrorífica, sobrecogedora.

Sin ánimo para excitarme, salí a la acera y di varias vueltas sin advertir la aspereza del empedrado. Ella comprendiendo mi desasosiego –tal vez– vino a la puerta antes de recogerse a dormir.

Son las siete de la mañana. La señora Paula empieza a barrer. Es una mujer alta, flaca, arrugada. Lleva la cabeza envuelta en un pañolón desflocado y negro como sus vestidos.

El centro y los rincones del patio, llenos de papeles, cáscaras, manchas de ceniza y piedras hacen dificultoso el barrido. Ella anuda sus manos ganchudas al mango de la escoba y empuja los desperdicios que apenas se mueven. Pasa la escoba una y otra vez e impacientada arremete a puntapiés con las piedras que en esta ocasión se arrastran algunos metros.

Se detiene jadeante. Por su boca desdentada sale un surtido de insultos contra los inquilinos que sistemáticamente le llenan el patio de porquerías. –¡Qué colección de puercos tengo en casa –exclama– Parece que no fueran cristianos ¡ah, Señor mío! Todo lo echan, al patio... ¡Si pudieran... también lo harían! Y sin embargo hay tarros... ¡Pensar que una ha sido decente y tiene que limpiar sus mugres!

Y como si de golpe renunciara al pasado sigue barriendo con movimientos forzados.

Esta mujer es la arrendataria más antigua; el propietario, un burgués caritativo por aburrimiento, la hizo mayordoma cuando murió su marido. Este le dejó tres hijos. Era un tipo deforme y medio tartamudo. Al andar hundía el pecho y juntaba las rodillas.

Fue guardián de policía durante algunos años; pero una enfermedad, quizás hereditaria, lo atontó completamente y clavó en su cuerpo un raquitismo calamitoso. Desde

entonces no apresaba a nadie, los reos huían de sus manos golpeándolo de lo lindo; hasta los galopines se burlaban de él. Como no servía para nada la jefatura hizo una obra de caridad al jubilarlo con medio sueldo.

El ex guardián tal vez avergonzado, no salía de casa. Preparaba la comida, fregaba los trastos, peinaba a los niños, zurcía los vestidos y andaba de uno a otro lado con su paso inseguro y torpe...

A Paula que trabajaba excesivamente le vino de perilla. Abandonóle parte de sus quehaceres y se dedicó únicamente a lavar ropa ajena. Desde esa fecha él lo hacía todo.

Era silencioso, tristón y un poquito violento. Cuando sonreía daba miedo. Por las tardes sentábase en el patio con su hija Finita. Esta traía un silabario y él empezaba a deletrear con gran dificultad. Su muchacha iba repitiendo letra por letra; pero como no comprendía se equivocaba a menudo.

Él se enfurecía y empezaba de nuevo; esforzándose en pronunciar claramente; pero su lengua estropajosa y semiatrofiada se resistía; su rostro se coloreaba, sus ojos brillaban y de su boca todo salía, embrollado, confuso. Un día se levantó colérico, arrojó el silabario y lo pisoteó. Se había convencido de que su lengua no le permitiría hacer nada provechoso. No volvió a enseñar.

Vivió aún como dos años y de repente, una tarde que había quedado solo, mientras iba a buscar agua, cayó, articuló claramente: Mamá y quedó muerto.

Paula, mujer aparatosa, hizo unas cuantas tonterías: lloró, gritó y mostróse inconsolable aunque en el fondo no debía sentirlo ni pizca. Este hombre le estorbaba y lo sucedido tal vez secretamente la alegró.

Se vistió de negro y trabajó con gran empeño. Trabajaba hasta la media noche sin demostrar cansancio ni quejarse... Su título de mayordoma le permitió adoptar un aire autoritario. Trató a las inquilinas con cierta entonación de patrona.

Todo lo reglamentaba. Se metía en asuntos familiares. Vigilaba a las vecinas, examinaba a los visitantes. Si alguien deseaba arrendar un cuarto, lo interrogaba minuciosamente. Le preguntaba si tenía mujer, si era aficionado a la bulla... Y terminaba con un rosario de advertencias.

Esta mujer de haber vivido entre gentes educadas se habría dedicado al teatro. Tenía predilección por lo trágico. Lo más insignificante era para ella un motivo declamatorio.

En la pared de su cuarto tenía un marco vacío. Cuando alguno de sus chicuelos la desobedecía o ejecutaba alguna bribonada, ella se irritaba, volvía a la pared y con los brazos

en alto, exclamaba: ¡Señor, por qué no te llevas a esta criatura...! ¡Dios mío! Me desespero... Lo mataré a golpes... Me acriminaré Señor.

Les prometía a sus chicos secarlos a maderazos o martillarles la cabeza; pero cuando los castigaba hacía lo con muchísimo tiento. Sus hijos lloraban por ceremonia, por costumbre. Parece que adivinaban la ridiculez materna. En cambio, ella tomaba el lloriqueo a lo serio y los consolaba exageradamente.

–Pobrecitos, –les decía–. Casi me acrimino... Ya saben que cuando me da la rabia...

El conventillo empieza a desperezarse, algunas mujeres y chiquillos entreabren las puertas: se refriegan los ojos con nerviosidad y miran tímidamente, parpadeando mucho, antes de encararse con la luz. En el patio se estiran, bostezan, gesticulan, para disipar el entorpecimiento aun perdurable. En los aposentos la gente traquetea; hace retumbar el piso, lo remueve todo, grita, se enfurruña y las guaguas chillan agregando una nota al bullicio.

La tísica ya está en pie. Se sienten sus trajines por la pieza. Tose, tose intermitentemente. La tos le hace retumbar el pecho.

Saca un viejo sillón de mimbre y se sienta al sol. Los rayos, débiles todavía, caen sobre sus senos y multitud de rayitos se deslizan a lo largo del vestido manchándolo de luz.

Apoya sus manos huesudas en los brazos del sillón y mueve la cabeza a ambos lados. Sus ojos hundidos buscan una vecina a quien hacer sus interminables confidencias. Y como no encuentra otra las emprende con la mayordoma que ha terminado el barrido y amontona la basura.

Habla con cansancio y su voz suena como corneta de juguete.

–Ah, señora; anoche creí morirme; fíjese que no pude dormir... cerraba los párpados y parecía que el catre subía... subía ligero, con rapidez espantosa. Se me apretaba la garganta y cuando volvía a mirar, el catre estaba en su sitio; aburrida me ponía de costado y veía, señora..., una calavera con pelo rubio que se movía como un péndulo. No crea que le miento. Parece que se reía con todos los huesos; pero no me daba miedo... Alargaba la mano como para agarrarla y se escurría para debajo de la cama... entonces, ¡no sé por qué! alzaba la colcha y miraba...; ella seguía riéndose y yo la miraba figurándome que de repente iba a soltar una carcajada... De nuevo me cubría la cara y el catre volvía a subir... ¡y así toda la noche!

Ah, señora y la tos... ¡la maldita tos que me ahogaba! ¡Era para morirse!

El tema se agotaba por más que ella lo removía sin cesar. Y como si temiese del silencio, comenzaba a relatar sus enfermedades, hablando siempre con el mismo tono, detallándolo todo, prolijamente, con minuciosidad. El olvido de cualquier pequeñez la hacía recomenzar.

Recordaba su niñez, su casamiento, el primer parto y mil acontecimientos más que repetía incesantemente, en su plática que duraba el día entero.

Por fin hemos logrado hablar. Ella me explicó el porqué de sus palabras hirientes. Ese día había tenido un altercado con su madre y –¡claro!– se le descompuso el carácter.

Esta supo por alguna vecina tal vez, que somos amigos... que nos tratamos con intimidad, con mucha intimidad. Como madre gruñona puso el grito en el cielo y escandalizó cuanto pudo aumentando la versión.

A ella la apaleó, la trató brutalmente y por último le prohibió que me hablara. Como epílogo echó mil ternos sobre mi persona, exageró mis defectos y me supuso un perdido, un malvado de aviesas intenciones.

La muchacha lloró, se puso nerviosa y hasta cometió la tontería de hacer mi defensa.

En los días que sucedieron, su madre la tiranizó atrozmente; la hostilizó con palabrotas. Apenas salía a la puerta empezaba a gritarla... y la confundía con terminachos. En la pieza insistía en la inconveniencia de su amistad con “ese pobre diablo que no trabaja nunca y que seguramente quería hacerla desgraciada”

Después para conquistarla le decía que fuera sosegada. Sólo así podría encontrar una “buena suerte”.

Esta historieta me ha dado luz sobre algunas cosas que me habían sorprendido pero que no podía explicarme. Ahora mi situación referente a ella es bastante extraña.

Si la muchacha viene a mi pieza, su madre la sigue en puntillas. Pone el oído en la puerta y de repente la abre violentamente y adoptando un aire de sargento, exclama con voz chillona: ¡Ah, estabas aquí! y sale en mala forma, mascando las injurias que no puede decirme. Margarita la sigue con poquísima voluntad.

Entonces, quedo solo, anonadado, sin saber qué hacer. El estilo de esa señora me sorprende y me irrita. Su desfachatez me carga. De buena gana le diría alguna fea palabra; pero con esto no saldría de apuro y lo perdería todo... aunque ese todo es bien poquita cosa.

Apenas nos hablamos. Para hacerlo tenemos que aguardar mucho... Entretengo mi desasosiego haciendo conjeturas sobre lo que ella puede pensar o hacer. Esto me intranquiliza bastante. Mis pensamientos se alteran y hasta mi faz exterior se conmueve. Un malestar ilógico, una impaciencia irrefrenable me hacen ir y venir por la habitación, pisando fuerte, manoteando y mirando con asombrada cólera la inmóvil fisonomía de las cosas.

Una frialdad inquebrantable nos divide, nos aleja; cuando estoy cerca de ella siento angustia y malestar. Quisiera decirle alguna cosa que le agradara mucho, que la alegrara; pero nada se me ocurre. En esos momentos ¿se produce en mi una paralización mental?

La miro, la miro, sin hablarla. Nos aburrimos... Cambiamos de posturas. Ella tampoco sabe qué decir. Nuestros ojos se miran indiferentes como si jamás hubiesen reflejado un sentimiento amable.

Por fin, dice: Me voy... y yo le contesto: ¡Qué lástima! y la veo alejarse acaso decepcionada u ofendida por mi silencio.

Permanezco un instante clavado en el mismo sitio como un imbécil. Mis manos se crispan. Todo mi cuerpo se convulsiona... Una mueca colérica contrae mi rostro.

Sé que la quiero; lo siento en mi carne; pero, ¡cuánto trabajo significa decírselo!

Nuestro asunto no avanza un paso... ni avanzará. Tiende a diluirse, a perderse... Quizá sea mejor.

Han pasado nueve días. Nueve días inútiles para nosotros. Su señora madre no nos ha dejado un minuto solos... Apenas la oye en mi cuarto, acude, y mirándola con ojos que parecen escapar, le dice: Pero Margarita... ¡Qué haces! ¡No arreglarás tu vestido... Santo dios!

Se va mascullando insultos y haciendo crujir sus zapatos de trajín.

Una noche que me pareció oportuna para charlar, se presentó repentinamente una mujer gorda, antipática, que tenía no sé qué parentesco con la madre de Margarita.

Permaneció un momento en el cuarto y luego se fueron todas muy alegres. Margarita llevaba su arpa.

Supe que iban a un santo. Me acosté de pésimo humor. La fiebre me mantuvo despierto varias horas. Al amanecer oí vagamente pasos y carcajadas.

Pasaron dos días. Y de improvviso, se les ocurrió hacer un viaje; puse la cara muy poco condescendiente...; pero esto no influyó. Partieron casi inmediatamente. Iban a Tilttil.

La casa, sin ella, me parecía extraña. Un silencio hastiador llenaba las habitaciones, el patio, todo. El conventillo estaba mudo como una casa, abandonada. Cómo deseaba que volviera.

El día del regreso estuve en casa mucho más temprano. Me sentía alegre. Parecíame que iba a suceder algo muy agradable; algo que haría época en mi vida. Estaba entusiasmado como si fuese a recibir dinero.

A las ocho, su madre apareció rezongando. No habían retornado. Este fracaso de mi deseo me desagradó hasta inducirme a suponer una serie de barbaridades.

En la mañana siguiente las encontré en casa. Margarita narraba las peripecias del viaje. El tal viaje a dos horas de tren no tiene nada de sorprendente. Es de una monotonía ejemplar; pero Margarita hasta en una excursión de media cuadra halla motivos para charlar una tarde.

Me acerqué a saludarlas; cuanto gusto... ¿Lo pasaron bien, verdad? Después de esta fórmula me arrimé al espaldar del catre. Todavía no daba término a su relato.

Una de sus aventuras consistía en haber trepado a una higuera de la que descendió rápidamente porque un grupo de campesinos se acercaba. ¡Son tan mirones los hombres!

También ascendió un cerro a gatas y se hirió las manos. Estas hazañas no me impresionaron gran cosa...

Ayer a medio día estaba en la puerta de calle con Margarita. En ese instante pasó un amigo y saludó. Margarita dijo: ¡Me da rabia que un tipo como ése lleve mi nombre!

Yo que me encontraba resentido y bastante mal humorado, tomé la defensa del tipo aludido, diciendo que un vendedor de castañas llevaba el mismo apellido. Sufrió en su pretensión. Nos dijimos otras cuantas tonterías y mutuamente nos dimos las espaldas. ¿Será para siempre?

¡Qué gran cosa es el silencio! Yo que tanto lo amo tengo que irme al parque cuando la compañía de los hombres me fastidia.

Antes, me bastaba mi cuarto. Encerrado en él gozaba grandemente del aislamiento. Los vecinos eran personas prudentes que se movían sin hacer ruido; pero un día el inquilino de la derecha, un viejo que recogía basuras utilizables, cargó sus cachivaches y abandonó el conventillo. El cuarto permaneció vacío durante largo tiempo. Esto me alegró...

Lo visitaba con harta frecuencia. Era pequeño. Su techo declivado descansaba sobre una viga maciza, ennegrecida por el hollín, que, lo partía en dos. Estaba bordado de telarañas que casi lo abarcaban completamente.

Las paredes se hallaban surcadas por grietas que se

acentuaban en la parte alta; hasta la cal había tomado un color de madera seca que se interrumpía en multitud de agujeros y trazos.

Cerca de la puerta los muchachos habían dibujado figuras risibles que satisfacían menesteres íntimos.

Los tabiques empapelados con papel impreso ostentaban figuras de personajes y caricaturas de políticos.

La poca altura de la puerta mantenía en el cuarto unía penumbra constante muy apropiada para la vaguedad. Contemplándolo me sentía penetrado por su silencio. Un silencio blando, sugerente, que animaba las huellas de los muros y me despertaba cierta curiosidad deductiva.

Entreteníame en asociar los rastros, darles fisonomía, moverlos y figurarme todo lo que pudo suceder en su interior.

Pero el tiempo pasó. El cuarto volvió a llenarse. Los nuevos arrendatarios eran una vieja y un muchachón. La vieja era chica, delgada y toda encogida. Él era cuadrado, chato y andaba trotando como los mozos del telégrafo.

La mayordoma dijo que la señora se llamaba Beatriz y que era tía del muchacho. Tal vez dedujo por la edad; la tía sobrepasaba al sobrino como en veinte años.

Cierta noche mientras escribía sentí un forcejeo

complementado por gritos y risotadas que me hicieron pensar en un parentesco más cercano. La fea pareja se movía de un punto a otro produciendo una ruidosidad insoportable. Tan pronto se estrellaba contra la pared como iba a chocar en el armario remeciendo tazas y cucharas; se mordía, se arañaba, se daba puntapiés y se insultaba de lo lindo sin perder un sólo instante el buen humor. Por último, siempre bromeando, jadeando y respirando bestialmente, rodaban al catre y se quedaban tumbados aguardando que se les pasara el cansancio para volver a refregarse.

Esta pantomima era pasable una vez; pero como la repetían noche a noche y la bulla me impedía trabajar, les deseaba cordialmente que reventaran.

La amistad con una mujer es algo que no cabe en ninguna norma. Cada día nos deja una sorpresa. Uno piensa que tal cosa se resolverá en tal forma y siempre ocurre lo que no se ha pensado.

Lo peor es que se pierde el carácter, se hunde el orgullo y uno sin saber cómo, se convierte en una bestia triste. Por un beso, por una caricia, se ejecutan tonterías y hasta acciones incalificables

Esto es para decir que ella, en una noche pasada, quedó sola. Yo me hallaba en igual condición. Me paseaba por el

patio.

El patio, ahogado por gruesos paredones, es silencioso. Los ruidos externos llegan casi disueltos... Esa noche, por ausencia de varios vecinos, era mayor la quietud. La luna lo bañaba de claridad. Las sombras eran leves y difusas como velos.

Margarita cantaba en voz baja y traqueteaba desde su cuarto al patio. Junto a la puerta había un caldero con planchas.

Yo rondaba con la intención de conversar. Sentía deseos de acariciarla, pero no daba con un pretexto que hiciera menos ruda la materialización de mi anhelo; no sabía a qué ingeniosidad recurrir.

El hábito de hablar poco ha obstaculizado mi capacidad de expresión. Las palabras salen de mi boca con cierta brusquedad agresiva. Desde algún tiempo, iniciar una charla me resulta más difícil que descifrar un jeroglífico.

–¿Cómo pasó el Año Nuevo? –pregunté.

–Váaa... Bien, pues...

–Me alegro... Yo también me entretuve.

–¿Sí...?

–Sí. ¿Y usted, recibió muchos abrazos?

–Me escondí...; pero siempre recibí algunos.

–Ah...

Ella estaba a mi lado mirándome. Su perfume fuerte me envolvía produciéndome un desvanecimiento en las ideas que me impelía a respirar profundamente. Intenté besarla... pero una sonajera repentina me hizo volver la cabeza.

La mayordoma se había instalado frente a su cocina y aventaba el fuego.

Desviamos el diálogo y esperamos un largo momento. Ella continuó en su sitio. Después arrojó los carbones enrojecidos al brasero, se acomodó en el poyo de su puerta y empezó a chupar el mate.

El perro aullaba desde el más distante rincón del patio. Sus aullidos agudos hacían un efecto desagradable al romper el sosiego de la hora.

Con muchísima frecuencia amenizaba las noches en tal forma. La mayordoma no sentía ninguna inclinación por esa música extraña.

Yo que había abandonado toda esperanza, recibí los aullidos con alegría. Paula los interpretaba como presagios de muerte. Apenas rompían el aire, comenzaba a figurarse

lo que podía sobrevenir...

La puerta del rincón se abrió y la vecina Beatriz encogida como siempre, avanzó algunos pasos y preguntó: ¿Por qué aullará el perro señora Paula?

–Alguien que morirá... Con tal que no sea yo...

–Así debe ser...

Y dicho esto, la vecina se dejó caer un piso. Ambas tenían fe absoluta en los augurios. Se acordaron con satisfacción que un zapatero había muerto en la cuadra. La mayordoma con voz casi alegre, agregó: Qué me asustara... qué lesa soy... ¡Claro! Si es por el difunto. Siempre pienso que el perro aúlla por mí...

El perro nunca dejaba de acertar. A veces se adelantaba una semana. También solía atrasarse; pero esto no disminuía la confianza de su dueña. Como el barrio era grande y miserable no trascurrían muchos días sin que alguien muriese.

Margarita no sale de su pieza. Un novelón de Luis de Val la ha entusiasmado seriamente. Lee todas las noches y comenta con su madre las aventuras del Conde de Salvatierra.

Ajustando mi oído al tabique, escuché un párrafo que narra cómo este personaje fue encerrado en una tumba.

No me explico como pueden interesarse por invenciones tan afectadas. Toda la novela es un tejido de aventuras imbéciles. Los personajes producen la impresión de haber caído de otro astro. Todos son absolutos. O invariablemente buenos o sistemáticamente malos. No se contradicen ni se desvían. Funcionan con precisión de tornillos. Y cuando ha ocurrido todo, el bien sale triunfante y la virtud resplandece.

En un mundo así habría que suicidarse.

Empero, este libro gusta a Margarita. Y mientras no lo termine, no me queda más perspectiva que el aburrimiento. Se me han agotado las diversiones. Leería si fuera capaz de estar tranquilo.

El ansia física me absorbe totalmente. Me gustaría luchar, pelear hasta quedar muerto o moverme sin sentido. A ratos me acuerdo de un amigo y siento deseos de verlo y me echo a la calle. Ando una hora alejándome del objetivo y acercándome.

¿Lo iré a ver? ¿Renunciaré? Siempre encuentro una razón para no verlo. Pienso que puede estar malhumorado o demasiado alegre. Y en ese caso notaría mi inquietud y me asediaría a preguntas.

Ando y ando congestionado de pensamientos opuestos;

pero de rato en rato algo interno o externo me trae la imagen de Margarita.

Cómo me gustaría que ella fuera una de las mujeres que encuentro a cada paso. Iríamos despreocupadamente para allá o para acá. Seríamos sólo los dos. Ningún transeúnte se mezclaría a nosotros. Haríamos lo que se nos diera la gana. Ella teniéndome próximo obraría sin otro estímulo que su propio deseo.

Pero no. Margarita no puede ser como las innumerables mujeres que pasan por mi lado. Si sale la acompaña su hermana o su madre. Es como un preso.

El vecino Manuel ha dejado de hacer humitas⁴ y ha vuelto a fabricar cocinas de hojalata.

Esto dista mucho de alegrarme. Tal vez me desespere un tanto. Es inverosímil creer que en los días transcurridos se haya modificado su carácter. Desde mañana cantará hasta reventar un sinnúmero de canciones empalagosas. Y cuando se le terminen los cantos, empezará a silbar.

4 La Humita es una comida basada en el maíz o choclo, ingrediente que se consume mucho en la zona andina, Perú, Argentina, Bolivia y Chile. Consiste en una pasta a base de maíz, aliñada con cebolla y albahaca, que va envuelta en las propias hojas del choclo. [N. e. d.]

Este inquilino es la pesadilla de la casa. Su corta estatura y su aparente fragilidad lo hacen más antipático. En su cara amontonada brillan dos pequeñitos ojos ingenuos. Su boca desaparece bajo unos bigotes castaños que tienen forma de cortinas. Su figura es incalificable.

Antes permanecía en la calle hasta medio día ocupado en vender mariscos. A las doce llegaba tarareando al compás de su pierna coja.

Su mujer lo esperaba con el almuerzo a punto. Él contaba el dinero y luego empezaba a tragar; pero casi inmediatamente advertía que Carlota, su hija, miraba el plato sin el menor ánimo de comer.

Esta chiquilla era feísima. Comía en un día más pan que cinco personas juntas; pero ningún argumento la obligaba a almorzar.

Sin embargo, el pescadero con una constancia de fanático hacía un monólogo diario.

–Pero niñita... ¿Por qué no comes? –preguntaba.

La niñita guardaba silencio. Entonces él seguía hablando y enfureciéndose: ¿Vas a comer? ¡Contesta...! Contesta... ¡Mira... que soy tu padre! ¿Eh, no me oyes? ¿Quieres que me levante? ¡Contéstame niñita! ¡Hácelo por tu madre... si no! ¡¡¡Me voy a parar!!!

En esa parte del monólogo Carlota empezaba a lloriquear y tampoco contestaba. Su padre se acercaba furioso y la pellizcaba en forma; además, solía descargarle en la cabeza unos cuantos golpes de coyunturas. La chiquilla lloraba todo lo fuerte que podía y él salía al patio con la ira necesaria para quebrantar a cien hombres.

Durante unos cuantos minutos seguía hablando a fuertes voces. Renegaba del destino, de Dios, de los santos; fulminaba la desobediencia de los hijos, y sin que se diera cuenta, se ponía contento y metía asuntos que no cabían en su discurso ni correspondían a la idea inicial.

Apenas se apaciguaba traía materiales y se ponía a trabajar; pero no cerraba la boca.

Puyaba a los vecinos, recordaba anécdotas, hacía observaciones inútiles. No concebía el silencio.

Sus vecinos le tenían inquina, lo miraban con malos ojos y hasta deseaban que reventara a corto plazo.

Cuando necesitaba meter clavos cantaba *La Marsellesa*. Para las demás labores cantaba una infinidad de canciones.

En su boca perdían la melodía y la gracia. Se fundían en un tono agudo, interminable.

Una viejecita española que habitaba un cuarto próximo a la calle, lo desacreditaba diciendo: ¡canta... como un sarvaje!

El pescadero era invulnerable. No hacía el menor caso a las indirectas. Hasta que remataba su obra mantenía un alboroto tremendo.

Los vecinos a guisa de comentario, solían decirle: Bueno ¿que canta usted, vecino?

—Hay que hacerle a todo... ¡Qué quiere usted! era su respuesta invariable.

Seguía cantando. Al tardecier concluía su obra, se estiraba, hacía una reflexión y vaciaba en una fuentecilla de greda su ración de puchero.

Un extraño deseo de hacerse oír en todas partes lo impulsaba a mascar ruidosamente. Movía las mandíbulas con exageración, chasqueaba la lengua y se chupaba las muelas. No estaba quieto un sólo minuto.

Después de engullir el puchero preparaba el café y agregaba: ahora hago el café y me lo tomo. ¡Sí señor, me lo tomo!

Bebía sorbo a sorbo y miraba a su mujer con aire cómico. Su mujer que ocupaba la tarde en repasar trapos, se irritaba.

Esta irritación lo animaba. Se le iba a la carga y manoteándole los muslos, añadía: ¡Ah, picaronaza! ¡Te gustan los cariños del marido!

Cuando esto ocurría cerraban el cuarto más temprano; el pescadero para no interrumpir su norma iba marcando el tiempo con su voz desgarrada y áspera.

Estas escenas eran rabiosamente espiadas por las vecinas. Unas a otras se las repetían, abultándolas.

Algunas acariciaban el deseo de contárselas al dueño el día menos pensado. ¡Qué ejemplo para las muchachas!... –se decían.

La madre de Margarita repetía con frecuencia cansadora que a un hombre así no lo tragaría ni frito en aceite.

Lo odiaba porque se sabía todas las canciones del repertorio de su hija.

Cada una tenía un motivo para no quererlo. La mayordoma lo detestaba porque tosía mucho. Algunas noches se desvelaba oyendo el sonido hueco y uniforme de la tos.

Inconscientemente pegaba el oído a la pared y encolerizada, seguía con un: ya... ya... ya... –los golpes de tos.

Cuando ésta se interrumpía aumentaba su malestar. Le parecía ilógico no oír nada... ¡qué sucedería! Pero de repente la tos, seca y destemplada, rompía el silencio con aspereza de cañón. Entonces, suspiraba y seguía su práctica hasta dormirse.

Es de noche... La sombra borra la fisonomía del conventillo y se prolonga hacia todas partes; la oscuridad dilata los límites del conventillo.

De una pared pende una lamparilla de petróleo cuya luz palidece y se ahoga.

El calor impide permanecer en los cuartos. Por los rincones del patio los vecinos charlan formando manchas movibles. Margarita toca el arpa.

Las notas tiritan en el espacio y se van deshaciendo en un rumoreo vago que en la altura se atenúa hasta lo imperceptible.

Un vecino pide una canción... Y a poco, la voz nace, asciende en un lamento suave y va languideciendo en cada verso...

*Pobre mi madre querida
cuantos disgustos le daba...*

Nadie conversa. Dentro de cada uno, el recuerdo se encamina del presente al pasado, anudando detalles, despertando imágenes y animando lo que en otro tiempo fue vida.

El grupo ha crecido. Hasta el zapatero ha largado su

martillo para acudir; pero como es poco melancólico reclama una cueca⁵.

Entonces pierde el arpa su vacilación y se estremece al contacto de las manos que bailotean en su cordaje; su música se desgrana tumultuosamente, se anima, se exalta.

Juana, la mujer del pescadero, trae una lámpara y la coloca sobre una mesa despaturrada. La sombra se aparta del centro y se hace más densa en los rincones.

Empieza la cueca. Juana baila con el zapatero. Los movimientos tienen la mímica de la persecución y la fuga. La mujer aparece y el hombre se conmueve y la sigue. De repente, ella, al sentirse codiciada, inicia un paso de fuga, huye.

El hombre vacila, pero reanimado por el deseo, la acompaña con su atención y sus pasos. La mujer acelera su movimiento y su rostro expresa cierto desdén mudo.

Un enardecimiento creciente se apodera del hombre. Sus gestos cada vez más desordenados son como una súplica impaciente. Le brillan las pupilas con un brillo dominante.

5 La cueca es una danza de parejas sueltas mixtas, de bailarines con pañuelo en la mano derecha que trazan figuras circulares, con vueltas y medias vueltas, interrumpidas por diversos floreos. Simboliza las distintas etapas de un idilio, en el que los bailarines con rápidos movimientos se buscan y se esquivan. [N. e. d.]

La mujer ya no huye tan de prisa. Sus rodeos son más lentos. La insistencia masculina va entrando como una orden en su corazón. Su faz se ablanda y se ruboriza.

El hombre al constatar el nuevo y vencido gesto de la mujer se siente colmado por una alegría salvaje y su danza se hace tumultuosa. Baila en torno de ella, reverenciándola y conteniéndose; podría tomarla, podría acariciarla, podría llevársela; pero algo lo retiene.

La mujer ya no teme; el mismo deseo del hombre ha entrado en ella y aguarda... hasta que súbitamente en la última vuelta, impulsados por una igual voluntad, se precipitan uno sobre otro con los brazos temblorosos y abiertos.

Al amanecer, el marido de la tísica, un pedazo de hombre bastante feo, se tiró del lecho un tanto admirado de no oírla toser.

Mientras se iba metiendo en sus ropas, le contó que había tenido que “pagar el piso”⁶.

Conversando con los maestros se le fue pasando el tiempo

⁶ Antes era costumbre en los talleres chilenos que el obrero recién llegado gastara el salario de la primera semana en festejar a los que iban a ser sus compañeros. Esto se llamaba: “pagar el piso.”

y cuando hizo amago de pararse, estaba borracho. Esto no importaba gran cosa... Lo que sentía realmente era la plata. La había gastado sin saber como...

Miró a su mujer para ver el efecto; esta parecía no escucharle. Se acercó a la cama, diciéndole: ¿eh, qué te pasa?

La tísica tenía las manos empuñadas y los párpados entreabiertos. Estaba inmóvil...

Esto a él le puso una cara de susto; bruscamente la remeció y la gritó. Tomó del velador un espejo y maquinalmente se lo aplicó a las narices; pero no se empañó.

Entonces empezó a sollozar, a tirarse los cabellos y a moverla, por sobre la ropa, furiosamente. El cuerpo se movía, pero sólo al impulso de sus manos...

Pronto, muy pronto, el vecindario supo lo acaecido. La habitación fue invadida por mujeres y chiquillos.

Las mujeres miraban a la tísica con mirada espantada; un miedoso y momentáneo respeto las tenía en suspenso.

Les parecía raro lo sucedido. Como hacía ya tanto tiempo se habían acostumbrado a oírla toser; pero no se figuraban que fuese para tanto ni menos que pudiese sobrevenir algo inesperado... El día anterior se hallaba lo más alentada; tenía hasta buen color. ¡Era increíble!

Tras el comentario se fueron aproximando al lecho. La mayordoma alargó su brazo y posó la mano en la frente de la tísica, luego le palpó el rostro, meneó la cabeza y exclamó: Como un mármol. ¡Ayer aulló el perro largo rato..., ¡pero quién lo iba a creer! ¡Voy a tener que matarlo!

Las otras mujeres también repitieron el examen y agregaron: ¡Pobrecita! Está en los puros huesos. ¡Cómo iba a resistir así! Poro tan pronto. Es para no creerlo...

Los chiquitines miraban a la tísica curiosamente, luego miraban a las mujeres y, desconcertados, volvían los ojos a la tísica.

La mayordoma, entretanto, había quitado los trastos del comedor. Fue a su cuarto y volvió con una sábana que extendió sobre la mesa cubriéndola del todo.

En seguida, ella y dos vecinas se doblaron sobre el lecho, hicieron un esfuerzo, y tomando a la tísica por los brazos, la cintura y las piernas, la transportaron penosamente a la mesa, le colocaron una almohada bajo la cabeza y la taparon con otra sábana.

Entre todas reunieron cuatro candeleros, les embutieron velas y los ubicaron en los ángulos de la mesa. Después acomodaron el cuarto, pusieron las sillas en fila y se fueron a sus quehaceres; pero de rato en rato se interrumpían para atender a las visitas y cuidar las velas.

El marido que había salido en busca de dinero, llegó con dos ciudadanos que traían un ataúd. Como la pieza se hacía estrecha los hombres dejaron el ataúd en el patio, se limpiaron las manos y mascaron algunas palabras.

Anohecía bastante cuando la gente empezó a llegar para el velorio.

El pescadero que había estado fuera de la ciudad se acercó tosiendo y arrastrando su pierna; estrechó la mano del viudo y dejó en un escaparate un paquete de velas y una botella de cognac. Él lo sentía mucho... pero, ¡qué diablos! contra la voluntad de Dios nada se puede.

El viudo agradeció el obsequio y murmuró: ¡Así es! Yo me resigno... pero, créame... ¡no me consolaré nunca!

Además de las mujeres del conventillo vinieron algunas de afuera; todas traían algo entre las manos; ya eran velas, azúcar o dinero.

Al entrar manifestaban la extrañeza que les producía lo sucedido y agregaban que de no estar viéndolo, nunca se hubieran figurado, etc.

Insensiblemente la pieza fue llenándose; los curiosos, unos tras otros, descubrían el rostro de la tísica, lo miraban con larga mirada, lo cubrían y ganaban sus asientos. Entonces pronunciaban frases brevísimas, incoherentes, secas como sentencias. Hablaban interrogativamente, y terminaban por

afirmar que Dios bien sabe lo que hace y que su voluntad debía ser respetada.

El cuarto estaba lleno. Las velas alumbraban apenas; sus llamas temblaban y se comprimían como si una boca oculta las soplase. La atmosfera iba cargándose con humo de tabaco. Costaba respirar; parecía que cada cual trataba de sostener el aire.

La mayordoma traqueteaba continuamente. Había preparado el gloriao⁷ en un enorme jarro y lo iba sirviendo a los asistentes.

Estos lo saboreaban chasqueando la lengua.

Después de algunos tragos la plática fue menos grave, menos lamentosa; cada uno hacía la historia de sus parientes; relataban como habían fenecido.

Paulina contó la muerte de su marido. Este en el instante de tomar agua, se desplomó, nombró a su madre y no se enderezó más...

El pescadero fumaba y tosía; sus ojillos brillaban en la

⁷ Bebida que se prepara con aguardiente y azúcar quemada. Se bebe únicamente en los velorios.

penumbra.

Así es la vida, –dijo–. A todos les llega su momento. A mi se me murió un hermano. Bueno, el finado tomaba como ninguno. No andaba en sus cinco sentidos casi nunca; todo lo hacía borracho; pero al último, cuando cayó enfermo... parece que perdió la cabeza. Estuvo en casa como dos meses. En ese tiempo se llevaba hablando sólo... uno llegaba a creer que conversaba con alguien. ¡Así se fue debilitando! ¡Después le dio por revolverse en la cama como un condenado... No quitaba la vista de la pared y gritaba sin cesar. ¡Siempre estaba creyendo que lo matarían!

La noche y el calor avanzaban. La pieza empezaba a caldearse, el glorio se vaciaba rápidamente; los viejos luchaban contra el sueño dando fuertes cabezadas, otros se aplicaban pellizcos. Algunos con la cabeza hundida en el pecho roncaban regularmente.

La gente se hallaba más alegre; pero las conversaciones se interrumpían, las palabras salían penosamente de los labios y se ahogaban casi sin ruido.

El pescadero chupaba su cigarrillo y miraba a los demás. El sueño se extendía, se propagaba irresistiblemente.

El mujerío se hincó. El tono arrastrado del rosario llenó el cuarto de una ruidosidad apretada y densa; las palabras ascendían en un bailoteo grave, perdiéndose y ahogándose

en el techo. Con intermitencias el viento entraba por la ventana hinchando el ruido.

Una vez concluido el rezo, renovaron las velas y sirvieron el café. La bebida y el cansancio habían quebrantado la resistencia de los hombres; casi todos dormían. El pescadero estaba semidoblado, tenía entreabierta la boca y roncaba estruendosamente. El viudo entre dormido cimbrábase y murmuraba algo muy apagado y confuso. Parecía dominado por un pensamiento persistente.

Pasó una hora, otra y otra. La mayordoma impacientada con el pacífico sueño de los vecinos, declaró que pronto amanecería. Era menester despertar a los hombres.

Entonces las esposas comenzaron a gritarlos, a remecerlos... después de un rato lograron arrastrarlos hasta sus respectivos aposentos aún con el sueño vivo,

Paulina apagó las velas y juntó la puerta; estuvo en el patio hasta que la última pareja se perdió...

El Domingo salí en la mañana y regresé cuando atardecía. Margarita se hallaba cerca de una mata de bambú. Tenía el arpa apoyada en las rodillas y sus dedos vagaban por las cuerdas en una búsqueda sin fin.

Su madre y otras señoras descansaban sobre un banco de madera sin labrar. La tarde era calurosa.

Poco a poco, como por casualidad, fueron acercándose las vecinas. En una hora todas las mujeres del conventillo estaban agrupadas en tomo de Margarita. Muchas eran ya viejas; pero el número de muchachas era superior.

El arpa empezó a sonar lánguidamente, vacilando... Después un aire acompasado de vals, se extendió, se elevó, llenándolo todo. Una pareja de chiquillonas valsaba difícilmente en el empedrado arrancándole un ruido áspero como si en vez de bailar lo estuvieran frotando.

En la puerta de calle se habían congregado unos cuantos mocosos. Mas atrás, dos muchachones de la vecindad miraban deseosos de entrar. Una vieja oficiosa se les acercó. Les platicó un instante y terminó por introducirlos.

La fiesta varió de carácter. Se compró vino.

El arpa se agitó, se avivó, se conmovió alegremente. Una música violenta llenó el espacio de ritmos breves. La cueca empezó. Margarita con voz insegura, débil y casi casi destemplada, cantó:

*El amor de los hombres
es como el vaso...
que cayéndose al suelo
se hace pedazos.*

Todo se avivaba, se confundía y mezclaba a pesar del esceptismo de la letra. En esta como en todas las demás,

alguien se queja, alguien se duele desesperadamente del amor que hiere y abandona.

Me tendí en mi cama. El bullicio me producía gran malestar. Margarita como animadora de la fiesta me daba lástima. Sentíame ofendido y ansioso de vengarme de cualquiera. La fiesta estaba tan distante de mi ánimo que de sólo sentirla me ofendía.

Lo que mayormente me irritaba era la diferencia, la distancia enorme que ese hecho minúsculo ponía entre ambos.

Ella regocijaba al pueblo y se sentía bien. Yo quedaba al margen de ese regocijo, sin sentirlo ni comprenderlo.

Me desalienta, me cansa la nadería espiritual de Margarita. Es una mujercita hecha de retazos. No piensa ni se inquieta por nadie. Come, duerme y se afeita. Trabaja empujada por su familia.

Su curiosidad se limita a la crónica roja y su ambición se colmaría si pudiese vestir trapos costosos. Es una pequeña bestia que, sin embargo, resulta encantadora para las gentes.

No tiene talento ni para ser bastante mujer, nunca dice

nada que pueda revelar su ser íntimo. Llego, a ratos, a creer que es sólo como la veo. Su voz nace siempre igual y su conversación fastidia como el caer de una gota.

Antes, aventuraba una charla, intentaba hacerla pensar. La sondeaba con infinidad de recursos. Más, no hallaba nunca una repercusión inteligente.

Cuando estoy frente a ella y miro sus claros ojos que nada expresan, mis manos tiemblan con un temblor de impaciencia.

Sé que en ella no está ese algo que busco tan ansiosamente. Su materialidad me disgusta. Cuando me hallo distante la odio hasta engeguecerme y decido rehuirla; pero apenas siento su voz olvido mi propósito y silbo y hago ruido. Entonces viene, y como nada se me ocurre decirle, habla ella.

Reniega de la miseria y por vía de contraste recuerda que cuando vivía su padre “era muy distinto todo.” Esa frase final la pronuncia en tal forma que uno llega a creerle un pasado fastuoso. Empero, algunos detalles de su historia recortan la imagen.

Uniendo un hecho con otro he llegado a saber que su padre era un hombre chico, corto de cuello y aficionado a traspirar.

Este hombrecillo comerciaba en cachivaches; tenía una especie de taberna, ganaba para vivir y aún le sobraban

algunas monedas para divertirse a su modo.

El patio del conventillo se estira hacia la izquierda formando un rincón. En ese espacio, se alza un galpón de sólidas estacas, ennegrecidas por el humo y magulladas por el tiempo.

Bajo ese galpón hay un cuarto espacioso, cuyas paredes de madera lo asemejan a una jaula enorme. Posiblemente sirvió de bodega y despensa cuando la casa estaba habitada por una sola familia.

Ahora lo habita un vejete que ocupa sus horas en atrapar los desperdicios de la multitud.

La barraca está cercada de muebles rotos que la mayordoma retiene por alquileres adeudados. Estos trastos no son reclamados nunca. Mensualmente el montón aumenta con nuevas mesas desensambladas, cómodas, sillas cojas y urnas de pino. Crecería infinitamente si el fogón de las vecinas pobres no lo fuera quemando por fragmentos.

Esta hacinada invasión que cerca su vivienda no incomoda a Bautista. Se figura que así, su cuarto está mejor defendido de la rapacería de los inquilinos; pero como aun su seguridad no es perfecta, cierra la puerta con varios candados.

Y mirando, siempre con alguna desconfianza, sale con un saco a la espalda y un palo que le sirve de bastón y herramienta.

Su espíritu de sociabilidad se concreta en saludos mudos y miradas interminables... En la calle, coge papeles, vidrios, pedazos de metal: todo lo que encuentra.

Vuelve pasado el medio día. Abre la puerta, deja el bastón en el marco y el saco frente a su piso. Hace fuego y mientras hierve su almuerzo, se arrincona en su barraca y va examinando los hallazgos...

Su cuarto es hondo, y la luz que llega por un ventanillo, apenas aclara las sombras. Hállase repleto de cajones y tarros que sirven de estantes; en la pared hay orografías brumosas y sobre la cabecera de su camastro, un retrato de Balmaceda; además, garfios embutidos, aquí y allá, sostienen extraños envoltorios. Los cajones que lo cubren casi del todo, revientan de trozos de porcelana, pedazos de estaño y mil cachivaches que no podría clasificar ni siquiera un notario.

Bautista se entretiene muchísimo revolviendo su saco. Un fragmento de cualquier cosa lo precipita en meditaciones larguísimas. Siente una especie de cariño por lo inservible.

A veces, los pequeños harapientos se le aproximan pidiéndole alguna chuchería. Él se enfurece, aplaza la

investigación y prorrumpe: ¡Eh, mocosos! Quieren palos... ¡Aguarden un poco!

Su rostro se dilata y se agesta tan feamente que los muchachos escapan sin esperar repetición.

Cuando termina su examen retira el puchero y lo vacía en un plato de greda. Se arremanga la camiseta hasta los codos y empieza a comer. Masca larga y ruidosamente...

Después limpia los trastos y suele lavarse la ropa. Mas tarde se encierra en su bodega y tranca la puerta. Así permanece algunas horas.

Este hecho intriga a las gentes. Al principio creían que se tumbaba a dormir; pero como el viejo no cesa de moverse han quedado desconcertadas. Mas, como la duda constante las irrita demasiado han aceptado la hipótesis de que se encierra a contar dinero.

Con ser lo más probable, algunas dudan, mueven la cabeza y sonríen. La señora María se impacienta y les afirma que no puede hacer otra cosa, pues, ella sabe que los que se dedican a ese oficio no pasan un día sin hallarse anillos, carteras y otras preciosidades...

El pescadero se ha hecho comerciante de aves. Sale a

comprar a los pueblos. Ha llegado de su último viaje con una cuñada. Es una muchacha sanota, pero hueca. Habla lentamente, alarga las sílabas y hace vibrar las eses. Es probable que haya leído novelas y esté entusiasmada con algún tipo de heroína.

Tiene un inexplicable modo de conversar, andar y obrar. En el conventillo llama la atención, pero no agrada. Pone demasiado interés en hacer creer que no es como todas.

La mujer del pescadero contó a la mayordoma que había estado sirviendo a una señora muy rica. Desde entonces es así, tan distinta y rara. Antes de servir era muy sencilla. Daba gusto.

Esta joven viene a trabajar. Se que el vecino proyecta traer a otra cuñada. En el camino hay trabajo para las mujeres.

En la noche, desde mi cama sentí bulliciar al pescadero. Seguramente llegó con su cuñada.

Distinguí entre sus palabras un nombre y estuve atento. Luego oí una risa fresca, agradablemente infantil... Esa risa me produjo una curiosidad tal que bastó para desvelarme.

De buena gana me hubiera levantado y acercado al cuarto a pedir alguna cosa; pero era ya demasiado tarde.

Cerrado este camino permanecí no sé qué tiempo obsesionado con la risa.

Hoy al medio día la vi perfectamente... Ayudaba a Juana y se reía con su reír juvenil e insinuante.

Es jovencita. Tiene cara ovalada, ojos negros y humedecidos y una boca cordialísima.

En la tarde no quise salir. Permanecí en la puerta de mi cuarto leyendo. Realmente leía muy poco; las palabras giraban ante mis miradas sin importarme. Mis ojos se iban hacia donde ella estaba. Llegué a mirarla con insistencia.

Durante un instante sostuvo mi mirada y sus ojos parecían sonreír como coreando a sus labios.

Con diversos pretextos abrevié mis salidas a la calle. Mañana y tarde vigilaba sus movimientos.

Cuando terminaba sus quehaceres se acomodaba cerca de su cuarto y entre ambos se establecía algo así como una correspondencia visual.

Cierta noche nos encontramos en la calle y sin saber por qué nos saludamos con un tono de conocidos. Hablamos lo indispensable para no romper la dulzura...

Concluida la cena, Palmira, la hermana mayor, jugaba a las cartas con su pretendiente, un mozalbete moreno que

parecía estar pensando siempre.

Una noche, el pescadero llegó con unas cuantas copas entre el pecho y la espalda, se tendió en la cama y empezó un monólogo empalagoso y aburridor.

Palmira llamó a su hermana con un término un tanto dudoso. Este hecho hizo variar el curso que el pescadero había dado a su monólogo.

Una hija de familia no debe decir eso... –afirmó.

En seguida obtuvo respuesta. El cuarto se llenó de palabras filosas. Luego Palmira salió al patio gritando:

–Por qué me ofende, Dios mío ¡No tiene educación... Es un bruto!

El vecino gritó entre picado y socarrón:

–¿Adonde te aprendistes esas palabritas, eh?

Después ambas voces se fundieron en un sin fin de frases groseras, enardecidas; pero el pescadero llevaba la peor parte porque Palmira empleaba recursos teatrales.

Esto lo anduvo desconcertando un poco; pero de repente exclamó a guisa de síntesis: ¡después que paren estas yeguas!

Palmira se anonadó un instante y luego irrumpió en un

sollozar estrepitoso, convulsionado. La revelación de su secreto, en forma tan imprevista, la desarmó.

Se ahogaba, se estremecía, se oprimía la frente, gritando con voz angustiada: ¡Ah... eso me saca este bruto! ¡No ser hombre, por Dios! ¡No ser hombre...!

El pescadero confundido por el daño que tan inconscientemente le había causado, no supo qué hacer, y disimuladamente se metió en su cuartucho y ganó el camastro. El vino le bajó los párpados.

Los sollozos y las amenazas de Palmira fueron lentamente agotándose. Las vecinas la consolaron diciéndole que no debía hacer caso a un borracho. Estos ni siquiera saben lo que dicen.

He conversado un momento con María, la cuñada más joven del pescadero. Por una curiosa coincidencia de estados de ánimo hemos fraternizado tanto, como si una relación anterior nos hubiera unido.

No nos hemos dicho ninguna frase profunda ni nos hemos vinculado por nada concreto; pero en la trivialísima charla que mantuvimos, logramos tal vez mostrarnos nuestras mutuas intenciones. Ella es una de mis posibilidades. Y como toda posibilidad, seduce y esclaviza la atención.

La última vez que pude verla me despedí como si ya me perteneciera. Ella enternecida por el momento me pidió un retrato. No pude negárselo.

En la mañana mientras me vestía, la suegra del pescadero que había llegado la noche anterior, partió con sus hijas.

Al atardecer, intrigado por cierta sonrisilla del vecino me le acerqué. Después de un rato desató su lengua.

–Bueno, bueno... ¿Sabe por qué se llevaron también a María? Ah, tengo, mucho ojo... Se la llevaron porque al desnudarse le encontraron un retrato. Llegando a la casa le atracarán una paliza. A mi no se me escapa ninguna... Veía, pero me hacía el leso...

El desvergonzado reía y su voz me sonaba a matraca.

Esta confidencia me molestó y me inquietó. Le hubiera rogado que guardara el secreto; pero eso además de ser inútil con un hombre tan locuaz como el pescadero, me humillaba.

Pasé varias horas con el temor de que el vecino divulgara mi pobre secreto. Al fin, de puro aburrido, me dormí.

Al anochecer empecé a percibir los ruidos inmediatos; pero la soñolencia no me permitió levantarme. Quedé pues, en cama, luchando con la modorra y oscilando entre el silencio y el bullicio.

Unas repentinas risotadas me desperezaron completamente. El animal del pescadero había largado la confidencia y el coro reía a mis expensas.

No me quedaba más camino que la resignación. Margarita se impondrá del hecho y me hará una escena.

Por vivir a tan corta distancia de Margarita he tenido que verla.

Hemos quedado solos, y en vez de regocijarme, me he sentido mortificado. Cada día nuestras conversaciones son más triviales.

Pienso hasta irritarme y no logro decirle nada que nos una. Apenas consigo formular las preguntas que un tiempo fueron sinceras: ¿Qué dices? ¿Me quieres todavía?

Y ella obstinadamente terca, sin mirarme, contesta estirando y arrastrando las palabras: ¡No digo nada! A mi no me vienen esas preguntas... No merezco tanto interés... ¡Hágaselas a otra!

Estas respuestas hacen vibrar los músculos de mis brazos. El pecho se me dilata y siento en el espacio que nos divide, una presión intensísima que me imposibilita para todo esfuerzo mental.

Con las cabezas vencidas sentimos el paso lento de los minutos. Por fin, una mutua piedad nos doblega.

Margarita está determinadamente majadera. Casi no me atrevo a formularle preguntas porque aprovecha todas las oportunidades para hacer alusiones contra la ausente.

Una tarde que la charla titubeaba y circulaba sobre el mismo asunto, me atreví a decirle que su insistencia estaba demostrando que aún me quería. Y ella, con los párpados cerrados y la voz aspirada, me contestó que aun...

Para las mujeres existe lo que es verdad y lo que debía serlo. Uno por respeto debería afirmarles lo que ellas prefieren y no lo que es cierto en un caso concreto.

He negado mi estimación por María y ella, aunque no está completamente libre de la duda, se ha abrazado a mis palabras.

Esta mentira nos aproximará como el viento a los árboles; pero un día, el fastidio volverá a hincar sus dientes en nuestro afecto, y nos sentiremos enemigos. Entonces nos odiamos en cuerpo y en imagen.

Ser amigo de una mujer es un juego elástico y sorpresivo. Uno no pierde jamás completamente: la amistad se rompe,

la idolatría se derrumba y todo parece disgregarse; pero antes del minuto fatal, el instinto se aferra a cualquier circunstancia que restaura lo quebrantado.

Cuando se vive en conventillo, lo que más fastidia, es la permanencia prolongada de los inquilinos.

Uno desearía que se mudasen todos los meses. Así se daría el placer de ver caras nuevas; pero esto no ocurre.

Las gentes se adaptan, se clavan en un sitio y no quieren moverse más.

En nuestro conventillo, la ida o llegada de un arrendatario, produce una emoción de fiesta.

Hoy regresé muy de noche. Fui por agua y vi que el último cuarto de la fila derecha estaba con su puerta abierta. Lo rodeaba y llenaba un silencio especial.

En la mañana se había presentado el propietario, un médico fracasado, gordo y colérico. Se encaró con el inquilino, lo trató de tramposo y ladrón, y le pidió que le dejara el cuarto inmediatamente.

El vecino Adolfo se cortó; no supo qué responder. Al atardecer cargó con sus chimilicos y partió...

Adolfo era un muchachón alto, pálido y mal agestado. Llegó al conventillo acompañado de una mujer que parecía momia.

Su menaje se reducía a una payasá⁸ y a varios utensilios de cocina. En los primeros días, los vecinos les obsequiaron raciones de puchero.

Ellos contaban a quienes querían oírlos lo que habían sido antes. Adolfo había trabajado en el norte dos años; pero todas sus economías se le fueron en atender a su padre enfermo. Ella tenía una historia menos heroica.

A la semana Adolfo obtuvo trabajo en una panadería. Con sus primeros jornales mejoró su indumentaria y adquirió algunos trastos.

El conventillo lo creyó un hombre aprovechado; pero este juicio duró tanto como su actividad. Al mes abandonó el trabajo. Pasó semanas y meses sumergido en una pereza absoluta.

Sin embargo, la gente de tarde en tarde les dio uno que otro bocado.

⁸ Payasá en Chile, se utiliza para referirse a cualquier cosa, que se necesita, en un momento particular. Ejemplo: oye pásame la payasá pa limpiarme los lentes de contacto. La payasá es un termino “neutro” que reemplaza algo y curiosamente muchas personas entienden o se hacen entender con su uso doméstico y coloquial. [N. e. d.]

Los oficiosos tomaron por su cuenta la tarea de indicarle los establecimientos que necesitaban trabajadores; pero él desechó todas las indicaciones alegando motivos que bien podían tener algún fundamento, pero que no convencieron a nadie.

La ayuda fue mermando y pasado algún tiempo, cesó. A la vez, empezaron a circular chismes contra la original pareja.

Ellos, indiferentes al medio, permanecían en el cuarto desde el alba hasta la noche. A veces ni siquiera se levantaban. Tendidos en el camastro, bromeaban a puñetazos, gritaban y se insultaban.

En la época de los choclos, Adolfo consiguió una piedra de moler, y un canasto, y se entregó a la confección de humitas. Este negocio le permitió comer dos meses.

Después volvió a sentirse perezoso. Al mismo tiempo, de los cordeles empezaron a desaparecer diversas piezas de ropa.

Los perjudicados lanzaban el grito a las nubes y pasaban horas y horas con la voz metida en palabras injuriosas.

Aunque cada inquilino andaba convertido en pupilas, ninguno logró establecer quien era el ladrón.

La pareja, en esos días, contra su costumbre, abandonaba el cuarto desde temprano. Al anochecer hacía fuego y

cenaba golosamente.

En esta semana me han llegado dos cartas de amigos ausentes. El pescadero, llevado por su excesiva sagacidad ha creído que eran de María.

Al principio se burló lindamente, pero después se sintió echado a menos y se lamentó en forma sentenciosa: “A otro le escriben... ya no soy cuñado... En fin, el mundo da vueltas...”

Margarita está mucho más tratable. Algunas veces suele venir a mi cuarto y hablamos sin aburrirnos. ¡Qué consuelo!

Lleva una bata blanca que la adelgaza y le agrega no se qué fragilidad encantadora. Cuando estamos solos, prefiero admirarla como un ciego. Mis brazos la encadenan y oprimen hasta vencerla, y mis labios exprimen su boca.

La conciencia, todo lo que discierne y da sentido a las acciones, huye. El instinto la reemplaza.

Su madre nos vigila mañosamente. A veces, la sentimos pegar el oído a nuestra puerta. Nosotros charlamos entonces sobre la virtud y otros temitas igualmente ejemplares. La señora se aleja, talvez admirada de que perdamos el tiempo en tales conversaciones. Empero, cuando me hallo solo no le

permite venir. Como anoche estaba mi hermano no opuso resistencia. Mi hermano es un tanto sordo y antes de prestar oído a las conversaciones prefiere leer novelas de aventuras. Sólo cuando nos reímos endereza la cabeza y nos mira.

Margarita me contó que deseaban casarla. Ella no quiere aceptar, tanto porque el pretendiente no le agrada como por otra cosa... (esa “otra cosa” soy yo). Su madre le insiste día tras día.

Lo malo es que el pretendiente llegará pronto. Cuando se encuentra en la ciudad, viene todas las noches y pasa horas y horas mirándola sin decir una sola palabra. Hay que sacárselas casi con tirabuzón. Y ella no puede tolerar a un hombre callado. Se figura que los silenciosos son más reparones.

Anoche fui a casa de Margarita y encontré a su pretendiente. Nos presentaron. Es un muchacho fuerte, de ojos inteligentes y voz simpática.

Tuve que mantener la conversación casi solo. A pesar de mi empeño, él se ha mantenido espiritualmente distante.

Margarita nos ha estado mirando constantemente, como si hubiera querido desprender de nuestras actitudes una certidumbre.

Marcelo, con la barba apoyada en la palma de su mano sonreía y espiaba con mirada ansiosa cada movimiento de Margarita. Un silencio natural se derrama desde la altura, se extiende a los muebles y luego comienza a subir hasta nosotros aplastándonos el pecho.

La respiración se dificulta y mil ruidos leves se precipitan sobre el oído.

La madre de Margarita, embarazada también por la quietud repentina, pide a su hija que toque...

Margarita toma el arpa y aventura las manos por el cordaje. Después los sonidos van enlazándose y relacionándose y en seguida, nace un acorde que ondula un instante y luego se desvanece.

Los sonidos y las canciones duran talvez una hora. Y ante la perspectiva de un nuevo silencio descubrimos que es tarde y nos vamos.

¡Volvió María!

Cuando estaba en su pueblo era para mi una imagen apacible; la recordaba con cierto desvanecido fervor.

Hoy siento que su juventud se me impone y que mi

capacidad de resistir se disgrega. En el fondo, lo que me atrae, es sólo su cuerpo.

Apenas llegó vino a saludarme. No pudimos ir más allá de las palabras indispensables, porque el pescadero nos examinaba con mirada fotográfica.

Mi situación se la obsequiaría a cualquiera. Me hallo entre la espada y la pared. Estoy frente a dos mujeres que tienen para mí un valor puramente externo. Lo honrado sería decidirse por una o renunciar a las dos; pero la decisión no me llega o no la siento.

Margarita me trata con mimosidad. Me cuenta todo lo que ocurre en su rededor y viene a mi cuarto a cada instante. Me hace preguntas y me lo consulta todo. Me mira y parece sumergirse en sus miradas.

Su ternura es tan grande que llego a sentirme abrumado por la falsedad de mi posición. Suele intercalar en la charla alusiones a María. Y esas alusiones me palpan espiritualmente en forma tal que más de una vez me he sentido vacilante.

A veces, el hilo que me une a María, se estira; pero un sentimiento de cobardía o de egoísmo me impide romperlo.

Después de estas entrevistas con Margarita quedo convertido en dos hombres. Desearía consagrarme sólo a ella, pero no llego a formularme un: “me consagraré a ella”. E invisiblemente dividido permanezco en espera de una circunstancia que me haga reaccionar.

Hace ya un mes que Marcelo no falta ninguna noche. La madre de Margarita lo trata con mucha obsequiosidad. Desde temprano le tiene preparado el mate.

Como él no contribuye a la conversación sino con raros monosílabos, ella es la que habla. Lo inunda con su charla interminable. Habla de su marido que era chico y alegre; lo impone de lo mucho que sufrió al parir a sus hijos, se queja de sus parientes, describe sus miserias y no cesa de hablar hasta que se queda dormida.

En este momento, Rosa, hermana de Margarita, trae un naipe y juega con Marcelo briscas inacabables.

Margarita, mientras tanto, está en la puerta o conversa con alguna vecina. Y así van trascurriendo los días y las semanas.

A veces voy a su cuarto. Marcelo me saluda y me mira con una mirada que es un pensamiento.

En noches pasadas, me paseaba por la acera después de haberme aburrido hasta la desesperación.

La noche estaba empapada de humedad. En la cuadra no se movía ni una hoja. El frío iba inadvertidamente aquietando mis nervios. Me paseaba con paso regular de la puerta a la esquina.

Al poco rato salió María y me rogó que la acompañara al despacho. Por el camino cruzamos una buena suma de palabras amables.

De repente, ella me dijo que no nos volveríamos a ver más porque su madre la iba a colocar en un convento.

Esta noticia me sorprendió y me hizo enmudecer. No sabía qué decirle para no ser traicionado. Interiormente, sentía.... ¿Por qué no decirlo? Sentía un leve alborozo. Esta casualidad aclaraba mi situación y limpiaba mi conciencia. Desde ese momento no tendría ningún quebradero de cabeza ni me sentiría embargado por zozobras de ninguna especie.

María seguía hablándome del giro que iba a tomar su vida. Sus palabras eran para mí una tortura. Me sentía avergonzado de estar representando un papel.

Cuando llegamos a la puerta quedamos suspensos. No dábamos con una frase final. Inesperadamente llegó Margarita a la puerta y María se fue casi corriendo, sin decirme nada.

–¡Ah, picaruela! Me hiciste una broma –dije a Margarita–, recordando algo que me había dicho momentos antes.

Estaba seria y muda. No hizo ningún gesto y se mantuvo con la cabeza caída sobre el pecho. Yo adiviné el por qué de su estado, pero queriendo alejarla de su preocupación, seguí haciéndole preguntas en tono de falsete.

El resultado fue completamente contrario al que esperaba. Se exaltó y con voz temblante se largó a sermonearme:

–Yo no sé nada. No me pregunte. Haga lo que quiera... Eres un infame, un mal hombre. ¡Hacía tiempo que me engañabas con esa yegua y te hacías el santito! Ahora todo ha concluido. no quiero que me hables más.

–Pero niñita: ¿Qué tienes?

–¡Sí; qué tengo! ¿Quieres que aún soporte? ¡No! He sido sola y deseo seguir así... Yo no quiero por un mes.

–¡Margarita por Dios! ¡Confundes las cosas!... Ella me parece simpática; pero nada más.

Que sean felices... –y se fue a su cuarto.

Diciembre de 1918.

UNA MUJER

Habíanme expulsado del trabajo y andaba por las calles sin esperanzas de hallar otra colocación, la ciudad empezaba a disgustarme y además, estaba harto de vivir como una planta.

Deseaba echar los pies a cualquier camino y vagar sin control ni ambiciones. Aunque este sueño estaba lleno de seducciones encontraba mil reparos. Apenas lo confesé, mi madre elevó su voz condenándolo ásperamente; luego intentó disuadirme con una ampulosa enumeración de obstáculos que de afrontarlos me acarrearían calamitosas desventuras. Mi entusiasmo quiso vacilar; titubeó; pero la resolución estimulada por el ansia de ver y conocer, se mantuvo.

Mi madre disconforme siguió enturbiando mi propósito.

Intenté enterarla de mis proyectos sin disipar su pesimismo. Finalmente decidí irme aunque lo tomara a enojo.

Llegó el día y partí bien aprovisionado de comestibles. Un vecino cariñoso metió en mi bolsillo una recomendación.

El tren me conducía a Valparaíso por un paisaje de colinas, de pinos y de sauces. En la primera jornada mis retinas resbalaron por las interminables masas de álamos que invaden totalmente nuestros valles.

En el vagón la gente bebía, comía y fumaba y se vaciaba en hablares estridentes. Desde un extremo acompañándose del acordeón un ciego cantaba:

*Pajarito volador
si ves a la prenda mía...,
si te pregunta si lloro
dile que...
dile que todos los días.*

El tren bordeaba una colina cuya ondulación parecía estirarse hasta el infinito. Pinos entecos y retorcidos interrumpían el amarillor de la tierra con sus sombras enanas.

Fatigado abrí un libro y metí en sus páginas toda mi

atención. Más, no conseguí avanzar mucho, porque el tren barquinaba hasta el punto de empujarme sobre una señora semejante a un tonel, que me miraba enconadísima.

Renuncié a leer y me adherí firmemente al asiento, guiado por la piadosa intención de no dañar a la hinchada señora. Reconocida, me hizo diversas preguntas y luego me obsequió con sus confidencias....

Transcurrió media hora. Su conversación plana me fatigó y opté por volver al ventanillo. Este se alzaba sobre un valle cultivado. Pequeños caseríos hundidos entre los cerros, desfilaban. Un piño de vacunos manchaba de rojo la verdura.

Después se fueron sucediendo los caseríos; mas tarde el terreno volvió a subir y emergieron casas y molinos esparcidos de trecho en trecho.

Por último, el tren aminoró su marcha y la tierra fue quedando rezagada. Una mancha plomiza invadió el horizonte y se extendió hasta la invisible lejanía.

El ferrocarril trepidó bordeando la masa de agua palpitante y se detuvo.

Junto al puerto el agua entrechocaba a los botes, y más adentro, los buques se mecían en un bailoteo lento y rítmico. Los marineros y los cargadores paseaban su pereza por las inmediaciones, matizando la multitud.

Desconcertado, avanzaba desatinadamente por entre la despreocupada muchedumbre. Miraba hacia el malecón y pensaba que realmente no era un sitio propicio ni hospitalario. Entonces, con el ánimo un poco aplanado registré mis carteras.

Permanecí desasosegado e intranquilo mirando la configuración del puerto. En seguida entregué mi saco a un chiquillo y lo seguí.

Íbamos por calles estrechas cuyos edificios parecían juntarse en la altura. Empezamos a trepar por una callejuela empinada que torcía a derecha e izquierda cada cien metros. Las casas estaban construidas en todas las formas concebibles. Algunas eran de latón, otras de madera, otras de barro y otras habían sido hechas con una mezcla de todo.

¿Y la pintura? Verdes, rojas, blancas, de tonos intensos.

Figurábame que los edificios habían caído de otro planeta. Las casas se apretaban desalineadamente. Algunas avanzaban hacia la calle; otras se ahuecaban; unas descansaban sobre murallas vecinas; otras se erguían; se inclinaban y algunas parecían contener, la presión de los muros extremos.

Con las piernas un tanto vencidas continuaba ascendiendo. De repente aparecían callejas que se precipitaban al mar; otras se interrumpían; otras doblaban bruscamente.

La casa buscada estaba en la parte más alta del cerro Cordillera. Tenía un aspecto vulgar y carecía de presencia. Despedí a mi acompañante y di un golpe prudente. Al rato se abrió la puerta y apareció una mujer redonda, pequeña, deformada: una mezcla de saco y de barril. Su rostro de nariz achatada, de boca grande y de frente oprimida, miróme con ojos comedidos.

Al cuarto de hora estaba instalado junto a una mesa de centro bebiendo té.

El hogar se hallaba repleto de muebles. Las paredes tenían un segundo empapelado de postales, espejos, oliografías y affiches. La señora me interrogó sobre los parientes que me habían recomendado. Como apenas los conocía, me contenté con responderle: ¡están bien... muy bien!

Deseoso de curiosar me fui al puerto. Atravesé algunas calles brillantes, estrechísimas y luego estuve en el muelle. Encontré gentes de todos los países. Algunos marineros alemanes fumaban pipas. Obreros cesantes y cargadores desocupados, acodados sobre las barandillas, seguían con mirada indiferente el ir y venir de los transeúntes. El mar era como una monstruosa masa de elástico.

Estuve un momento largo, con la atención desvanecida en seguir la arremetida cansadora y monótona de las olas.

Después anduve sin objeto. Los boteros se entretenían en puyarse con los ociosos del muelle⁹.

La noche caía imperceptiblemente. Las grúas con sus brazos quietos en el espacio amenazaban al mar.

Volví al cerro. Por la callejuela transitaban boteros y cargadores. Los comerciantes ambulaban con sus cestos semi-vacíos. Pequeñas luces emergían desde todos los sitios, perdiéndose y avivándose. El camino curveaba con brusquedades sorprendidas. De las casas salían gritos y olores vagos. Una onda de rumores confusos avanzaba desde los cerros circundantes, invadía de modulaciones el espacio y huía luego confundida con el viento.

El dueño de casa aún no llegaba. Sentado en un rincón gris, resumí las impresiones últimas. Después recordé a mi madre y me entristecí evocándola afanada sobre la máquina de coser. ¡Cuanto trabajaba y qué lejano estaba el descanso!

La puerta se abrió y alguien penetró dando pisadas lentas. ¡Ah! Joaquín... tenemos una visita –irrumpió la mujer–. Viene de Santiago... Lo manda tu hermano...

¡Ahaaá! Sí... Sí –contestó una voz gastada–. El hombre se volvió y nos saludamos. La mujer le pasó la carta. Era un vejentón de cara cuadrada y piel amarillenta y sucia. El sitio

⁹ Botero: hombre que hace, adereza o vende botas o pellejos para vino, vinagre, aceite, etc. [N. e. d.]

del ojo izquierdo lo tenía cubierto con un trozo de paño negro. Su bigote recortado y cerdoso parecía un cepillo sin mango.

Bueno... –exclamó volviéndose–. Siente... sé. Nos alegramos mucho... Como en su casa. Lástima que no haya comodidades... ¡Si hubiera venido en otro tiempo! ¿Está la comida, niña...? Si. Mi hermano se pierde. Hace meses que no tengo noticias... Las chiquillas pasaron aquí, el año pasado. Eran, muy alocadas... ¡Hoy son así todas!

La mujer había servido la comida y abría y revolvía los cajones. El ruido metálico de la vajilla daba a la casa un no sé qué de holgura que tranquilizaba y acogía. El viejo seguía haciéndome preguntas y monologaba comentarios con ese tono crítico, evocativo y resignado que tienen los hombres que han vivido mucho y que casi no desean ni esperan nada.

Terminada la comida, Joaquín me relató su campaña. Había llegado a Lima. Para no olvidarse conservaba algunos rasguños; casi nada, lo que lo enfurecía era que las salitreras resultaron más clavo que beneficio. En ellas los pobres –talvez los hijos de los conquistadores–, morían como moscas, sin amparo, olvidados.

Con sus dedos tiesos trataba de graduar las palabras. Intermitentemente su ojo se fijaba en los míos con mirada de expresión siempre variante.

A las once me hicieron cama sobre un sofá.

Amaneció el día azulado y puro. Terminado el desayuno descendí con el ánimo alegre. Ya en plano me encaminé en sentido diagonal.

Uno de mis fines al abandonar la capital era juntarme con María. Ella se vino algunos meses antes y su recuerdo se me hacía cada vez más grande e imperioso. No sabía precisamente por qué ocupaba tanto sitio en mi vida.

La conocí en vísperas del pasado año nuevo. Por la noche fui llevado a casa de un zapatero anarquista, un viejo alto, anguloso y bonachón.

Su vivienda estaba atestada de hombres y mujeres que discutían y se agitaban. Algunos eran españoles; otros argentinos; pero tenían todos algo que los asemejaba. Tal vez una especie de fervor que daba a sus miradas, a sus voces y ademanes, una significación especial.

Ubicado en un rincón me dejaba penetrar por las ideas audaces.

Las mujeres reunidas en un ángulo penumbroso hablaban con más alegría y liviandad.

Como éramos numerosos acordamos beber café fuera de casa. En la calle formamos una hilera que se extendía de una acera a otra. Marchamos unidos por los brazos. Una voz fresca sonó a mi lado: ¿verdad que es un compañero nuevo? Era una joven pequeña y sonriente.

Íbamos por una avenida bulliciosa. Del extremo derecho nació una voz que se propagó anudándose a la atmósfera. Los hombres daban al canto un tono abarcador. Las voces femeninas eran como un detalle. Deteníanse los transeúntes. El canto era grave.

*El día que el triunfo alcancemos
ni esclavos ni dueños habrá...
Los odios que al mundo envenenan
al punto se extinguirán...*

Un coche con hombres, mujeres y guitarras pasó rozándonos. También cantaban, pero su canto era egoísta.

En el café nos dispersamos... Ocupé una mesa con la joven que me trató de compañero. Sus ojos vestían a su rostro de una luz tenuísima.

Sus palabras no contenían ideas, impresiones ni matices. Su boca les exprimía el sentido.

Una parte de mi conciencia se hallaba preocupada. Pude silenciarme porque algunas personas se le acercaron. De instante en instante sentíame más suyo. Sin embargo, su

actitud no me distinguía; no variaba con los demás. Mi estado ¿no era entonces una manifestación de reciprocidad consciente o inconsciente? ¿Qué era?

Al quedar solos cruzamos una que otra palabra. Me sentía diluido. Mirándola iba poco a poco perdiendo la noción de mi existencia. Mi corazón callaba sus latidos... Mi cuerpo se aligeraba y desaparecía junto con todo lo externo. Sólo quedaban mi atención invisible y ella.

Volvimos a vernos. Mi fervor iba creciendo. Cada nuevo día me sentía más y más presionado a recordarla.

Por un motivo que ignoro se fue a vivir con su tía, una señora vieja que en las tardes se dedicaba a entonar salmos protestantes.

En esa época iba a verla diariamente. Nos reuníamos en su casa media docena de muchachos y no nos movíamos hasta que anochecía. ¿Qué encanto tenía su casa?

Era una habitación honda, oscura y fea, llena de camas y muebles informes que contribuían a entenebrecerla.

A pesar de eso, seguía acudiendo con una puntualidad que me extrañaba. Los otros visitantes eran muchachos y muchachas sin relieve; pero alegres hasta la exaltación.

Gomo nadie trabajaba, para las comidas hacíamos colectas. María reía el día entero y respondía graciosamente las preguntas. Una. vez, advertí que para los demás no significaba tanto.

Cierta mañana fui más temprano que de costumbre y recibí una impresión desconcertante. María estaba aun en cama; pero no sola...

Me pareció pesadilla. Inmóvil, asombrado, destruido, la miraba con insistencia. Trataba de oponerme a la realidad...; pero fui vencido. Ella jugaba con su amante manoteando y riendo bajo las sábanas.

Mi ánimo era como el ánimo de quien cae al suelo sin haber tropezado. Una sensación humillante me envolvía. Mi piel se enardecía y se helaba ¿por qué ese hecho me mortificaba tanto?

Me acerqué a los demás y adopté la expresión diaria. Cuando se nos reunieron me admiró no verlos cohibidos ni avergonzados.

El muchacho que nunca me había preocupado, parecióme más tonto y falto de gracia que los otros... ¡cómo no lo había observado antes! Durante la mañana inconscientemente analizaba cuanto decía. Pesaba sus palabras y desmenuzaba

el sentido y resultábame increíble que celebraran sus chistes y oyeran su conversación. Seguramente lo hacían por prudencia...

En la tarde el recuerdo apenas persistía. Su presencia me llenaba totalmente y operaba en mi algo como un desvanecimiento mental.

Conversamos al azar, con ese conversar desatado, imprevisto, que se hunde, gira y vacila; con ese conversar que roza levemente lo externo. Conversamos sin sentido... Sin embargo, en mi espíritu quedó la certidumbre de haberle confiado algo muy íntimo y preciso.

Ella repasaba un vestido sin alzar los párpados ni mover los labios. En su rostro se insinuaba cierta blandura lánguida y su silencio parecía acoger mis palabras y aceptarlas.

Al irme no sentía el peso de mi cuerpo ni la dureza del suelo. Una emoción regocijante entraba en mi pecho y lo acariciaba. Tenía la certeza de que se había anudado a mi afecto.

Su tía decidió irse a Valparaíso. Presentía que en ese puerto

la vida la trataría con menos dureza. Tenía espíritu de comerciante y vender, no importa lo que fuera, constituía su única obsesión. Negociaba imaginativamente a través de todos los días.

Una mañana, partieron...

Asistí a la estación y cuando el pañuelo dejó de ondular y se anuló en la distancia, me sentí oprimido por una tristeza de novela.

El sol ponía una delicada brillantez sobre las cosas. Las aceras del pasaje Quillota, estaban invadidas por venteros que gritaban y manoteaban tratando de interesar a los transeúntes.

Después de ascender durante veinte minutos llegué a su casa situada en lo más alto del cerro. La casa tenía un jardinillo circundado por una pared de zinc. Me recibió una vieja con rostro de espantajo. Un rostro suelto, arrugado y blancuzco.

María salió desde el fondo y me saludó sorprendida; pero con la misma frescura habitual. Se alegraba mucho de verme.

Nos sentamos bajo el parrón y hablamos... El jardín caía

casi bruscamente al camino. Mas abajo, un hilo de agua dividía la base de los cerros.

Al frente, otro cerro achatado proyectaba contra el espacio mil espirales de humo. En los extremos del horizonte otra montaña paralizaba el desplome del cielo...

Como no me fue fácil encontrar colocación, iba donde María cotidianamente. Cuando no estaba, sus tías goteaban en mis oídos conversaciones larguísimas. La protestante era más sobria que Francisca. Me informaba de sus negocios y luego, arrellanada en un rincón cualquiera, con los anteojos montados sobre su gruesa nariz, dábase a deletrear deleitosamente algunos salmos:

“Oh... Jehová; Señor nuestro; cuan grande es tu nombre...” etc. A los pocos minutos le dolían los ojos. Entonces poníase a remendar y cantaba con voz rota y ancha alguna alabanza al Señor.

Su hermana Francisca era una vieja de feísimo aspecto... Se me figuraba uno de esos bultos de apariencia humana que los campesinos fijan en los sembrados para amedrentar a los pájaros.

Era su rostro como un trapo ajado y su cuerpo y sus piernas parecían solamente una blusa y una pollera rellenas de

papel. Sus movimientos producíanse accidentalmente y su voz nacía desacorde, dispersa; pero no se cortaba jamás. Carecía de realidad activa. Equivalía a un árbol, a una pared, a un banco. Cocinaba, barría, limpiaba, trajinaba. Vivía al margen de los demás.

En las tardes, María cosía bajo el parrón y yo hablaba. Con más frecuencia leía a los poetas chilenos.

Ella exclamaba al final de cada estrofa: ¡Qué bonitos!

La frase no variaba nunca; pero a mi, me parecía oportuna siempre y elocuente. Veía en ella un juicio completo. ¡Qué bonitos...! Significaba para mí toda una apreciación que sin modificarse en sus palabras, cambiaba circunstancialmente de sentido.

¡Que bonitos...! Era una calificación de cada particularidad emocional; el descubrimiento de un matiz; la sorpresa por lo expresado en forma original; el aplauso al vigor lírico; el juicio en todos sus aspectos.

Nunca se me ocurrió que fuera incapacidad de percibir las diferencias. Cuando me iba, sentía orgullo de tener una amiga tan comprensiva...

Con el roce diario emergió nuevamente y se agrando mi simpatía por ella. El trascurso de los instantes la iba haciendo más y más idéntica a mi ideal. Por sobre los días constataba que mi espíritu se deshacía de otras realidades para llenarse con sus gestos, con su vida entera. Su presencia era el principio y el fin de mis pensamientos.

Mis pasos la conducían, mi voz la expresaba y mis ademanes la realizaban. Tenía conciencia de que mi personalidad se transparentaba para impresionarse mejor de cuanto le era propio. Mis acciones tenían su carácter. Ella podía habérselas apropiado.

Llegué a sentir que era más alta que los campanarios y más ancha que las ciudades. Las casas, los hombres, las mujeres: lo que comprende la realidad, se me figuró la consecuencia de su vida. Para evocarla, ponía mi faz frente al cielo.

En los primeros cinco días, Joaquín me llevó a ciertas fábricas; pero en todas partes me rechazaron. El trabajo escaseaba y las industrias se paralizaban. Las maquinarias estaban dominadas por un sueño sin variante. Los patrones tenían el gesto afeado.

Las calles estaban congestionadas de obreros que ambulaban con las piernas flojas y los brazos perezosos y abandonados como algo inútil. Mujeres pobrísimas vagaban

aleladas y distraídas. Desde el fondo de las tiendas, los comerciantes vigilaban con nerviosa preocupación el movimiento del hambre hecho hombres y mujeres...

De vuelta, Joaquín lamentaba que yo hubiese venido en tan mal tiempo. ¡Si hubiese sido antes! Esta muletilla me causaba no poco malestar. Más cuando llegaba a casa escribía a mi familia, asegurándole que vivía como un rico.

A la hora de almorzar, Domitila, su mujer, preguntaba con tono saturado de inquietud. ¿Tampoco han encontrado hoy? Dejaba a Joaquín que respondiera y adoptaba la actitud de un hombre ausente...

Domitila entre cucharada y cucharada, clavaba sus ojos en los míos y me transmitía un monólogo excesivamente materialista. Sus ojillos agudos y fríos me decían claramente. Para comer este puchero, mascar este pan y beber este trago de té, trabajo de sirvienta en un almacén próximo. Trabajo como esclava y debo, además, sufrir los manotazos de todos... Sepa que es bastante sacrificio mantener a este viejo flojo... Es vergonzoso que usted coma lo que tanto me cuesta. ¿Cuando se va? ¿Cuando se va? ¿Cuando se va...?

En diez días comprobé desgraciadamente que ese monólogo era la tesis de sus ojos. Imposible resultaba dar a su mirar otra interpretación.

Para vengarme solía responder a su mirada, con una mirada bonachona, dulce y empalagosa. Ella se ofuscaba de cólera y al servir los platos, sus manos le temblaban.

Cuando el almuerzo terminaba me echaba al camino y me alejaba angustiado por el incógnito de las horas venideras.

Joaquín también salía apenas concluía el almuerzo. Recorría las oficinas fiscales con la esperanza de obtener una pensión ¡Como un inválido!

Después visitaba a un amigo que atendía la portería de un cuartel de bombas. Enseguida iba donde su hijo, y daba fin a la tarde en la Plaza Victoria, donde platicaba con otros viejos igualmente ociosos.

Algunas tardes yo volvía temprano y encontraba en casa a Juanito, un muchacho botero, chico flaco, de faz picuda y animada. Siempre le hallaba en charla con Domitila. Venía casualmente, todos los días, a la misma hora....

Una tarde Domitila estaba sobre el lecho y se quejaba de sufrir dolores de cabeza. Juanito, de pie junto a la cama le decía no sé qué cosa... Creí prudente salir de nuevo a vagar...

Desesperado por la carencia de dinero, caminaba mirando el camino. Soñaba con encontrarme una suma aunque no sabía ni cuando ni como... pero, el suelo del camino encontrábase desnudo. Una vez que iba por la Subida de San Juan de Dios, me detuvo extrañado, la variedad de ventas que ocupan la acera hasta el nacimiento de cerro. Era un mercado.

Las mercancías cubrían casi una cuadra. Vendían carne, limones, vasijas de greda y chucherías de toda especie. Recordé que en mi maleta tenía ciertos libros perfectamente vendibles. La casualidad me condujo a una tienda donde se realizaban a veinte centavos el tomo, obras de Edwards Bello y de Darío... Adquirí las que pude.

Al otro día cargado de literatura me instalé entre un turco y un vendedor de repollos. Puse diarios al borde de la acera y ordené mis volúmenes. Las gentes que compraban, se detenían a mirar mi mercancía, me examinaban: y se iban preocupadas... Les resultaba extraño.

Como los minutos eran desfavorables, tomé dos ejemplares y me di a gritar datos biográficos y críticos. El vendedor de repollos reía hasta el punto de tener que apoyarse contra un árbol. El turco fumaba y solía largarme una que otra mirada saturada de eutrapelia. Sin embargo, los gritos fueron oídos y comprendidos... Un jinete cargado de trenzas de ajo fue el que me compró primero. Esta acción me agradó tanto que llegue a suponer que me las había con

algún filósofo ignorado. Le hubiera dado un abrazo de muy buena gana.

Rodaron otros días... seguía visitando en las tardes a María. Solía encontrar en su casa a un griego macizote, cuyo rostro carecía de espíritu... Era buzo.

Me contrariaba que María lo escuchara sin dispararle un silletazo. Cuando lo encontraba me sentada distante y me mantenía silencioso. El griego hablaba como seleccionando las frases más odiosas y los tonos menos simpáticos. Todo cuanto salía de su boca era banal y tedioso aunque sus gestos querían ser animados. Siempre sacaba un enorme fajo de billetes y mandaba por cerveza. A veces me ofrecía un sorbo; pero lo rechazada glacialmente.

El griego se acostumbró a descontar mi presencia; más, como yo adoptara cierta actitud de obstáculo, fue abreviando la duración de sus visitas... Apenas se iba reprochaba a María su capacidad de tolerancia. Ella me respondía: ¿Qué quieres? Hay que atender a todo el mundo... Además, viene por otra.

Efectivamente, el pelma ése era un poco novio de una muchacha de la vecindad.

No sé porque circunstancias mi carácter varió. Vigilaba a

María sistemáticamente y miraba con encono a cuanto hombre la hablaba.

Un día estando solos se me ocurrió una idea rara y le dije: ¡Por qué no se va conmigo! Soy capaz de trabajar en cualquier cosa... Vamónos... ¡Yo la quiero...; pero si usted sabe! y seguí hablando como una máquina.

Las palabras se empujaban en mi boca y salían apretadas y duras. Me parecía que otro había despertado en mí. Estaba afiebrado y violento.

Ella se sorprendió, enrojeció y desvió sus miradas... Aguardaba su respuesta angustiado, oprimido, con el alma dentro del minuto.

Por fin contestó titubeante: No es posible... No puede ser... Usted sabe que... que tengo a otro.

Entonces, convulsionado por un sentimiento de vergüenza inmenso, me alcé en dirección a la pendiente; pero ella gritó con un grito más grande que mi vergüenza y me abrazó, y envuelto por ella y por la noche que emergía circularmente, sollocé y lloré y fui sintiéndome asistido por una gran levedad como si ese otro yo que despertara en mí se hubiese disuelto.

Después, perdidos en la sombra, fuimos aproximados por un torrente de palabras amables...

Mi estada en casa de Joaquín, hacía-se extremadamente desagradable. Supe que en mi ausencia Domitila vociferaba sin atajo. De todas las consideraciones de Joaquín se desprendía la inoportunidad de mi llegada...

En los almuerzos y comidas, los silencios persistentes me taladraban. El viejo ya no celebraba mis ocurrencias. Las sonrisas se le pasaban en la boca.

Sufría anticipadamente la caída de las horas.

Impulsado por la hostilidad, decidí regresar a hogar familiar sin recurrir al ferrocarril.

Dinero no veía en parte alguna. Los libros se habían terminado y mi imaginación estaba baldía. Especulando acerca de la pésima distribución de la riqueza llegué donde María y la impuse de mi determinación. Ella me animó: ¿Por qué no aguardas a Flora? A lo mejor, te deja estar aquí mientras consigues trabajo. No hay que desesperarse...

Esta idea simplísima me emocionó... Rehecho dime a sondear la nueva perspectiva. Traté de figurarme a Flora. Sería una señora de perfil suave y de carácter bondadoso. Me empeñaría en dar con algún empleo y así evitaría turbar su bondad...

La protestante interrumpió mi divagación moral. ¿Todavía no trabajas...? ¡Todo anda mal! Qué pobreza se ven... ¡En toda la tarde, apenas he vendido diez humitas! Antes... me

las arrebatában. ¡En fin, cómete una vos! Yo no me aflijo porque lo que tengo es de Dios y él... puede hacer su voluntad.

Volvió a cerrarse la puertecilla tras una mujerota. María nos presentó. Era una mujer calmosa cuyo rostro demasiado real no admitía idealización. Hablaba alargando las palabras progresivamente hasta completar un período. Su cara era roja, carnosa y su boca carecía de voluntad. El cuerpo se le soltaba hasta los pies... Sus manos gesticulaban como suspendiendo palanquetas. La tierra parecía atraerla con más intensidad que a otros cuerpos.

Cuando supo mi deseo, contestó: Tuve a un joven; pero se fue debiéndome... Con tal de no hacer lo mismo, quédese.

En casa Domitila chispeaba. La hora de cenar se prolongaba sin que Joaquín apareciera. Cada cinco minutos salía a la puerta...

Me entregué despaciosamente a la tarea de empaquetar mis bienes.

A la hora, apareció Joaquín con el airecillo de una persona que está al tanto de algo muy divertido. Domitila se le acercó y estalló: ¡Tomó vino el sinvergüenza! ¡Esto es el colmo! ¡No te soporto más... una trabaja como negra y todavía... Crees

que soy tu sirvienta, viejo flojo...! ¡Parece castigo de Dios!
¡Por qué no me habré ido...!

Se marchó a servir la comida hecha un sollozo. En la mesa el viejo quiso bromear; pero el silencio congeló su alegría. Parecíamos ataúdes.

Retirada la vajilla Domitila volvió a las palabras hostiles. Insistía acerca de la ociosidad de su marido y se extendía hacia regiones odiosas.

Joaquín perdió su escasa paciencia estallando violentísimo: ¡Ah, hijuna grandísima puta...! ¿Crees que soy de madera? ¿Y lo que trabajé... fue lana? ¡Toda la vida te he mantenido... Mal agradecida...! ¡Si no fuera por mi hijo! ¡No contenta con martirizarme te echas un lacho encima! Esto de llegar a viejo... En fin, me iré para darte gusto...

Y arrastrando las piernas, murmurando y sollozando tomó una maleta y fue hartándola de ropa. Viajaba de una habitación a otra. Las injurias resbalaban por una pendiente sentimental. De repente, la mujer saltó sobre el viejo, gritando: ¡Qué vas hacer Joaquín!

El viejo intentaba clavarle en el pecho un cuchillo de mesa. Vino por este capítulo la reconciliación. Se fueron al lecho; pero los sollozos continuaron resonando ásperamente durante un momento.

Por fin el silencio nos aplastó con el sueño.

De mañana, apenas desayuné me despedí con palabras emocionantes, y me alejé de la casa con apresuramiento. Llevaba una gran alegría como si recién me hubiera libertado de algún peso abrumante o de alguna preocupación intensa. Respiraba con ansias y miraba rectamente a la lejanía.

Al medio día, Flora me presentó a su hermano. Este me apretó los dedos con su manaza, saturándomelos de grasa, tizne y aceite.

Su rostro cuadrangular sonrió con limpidez y simplicidad.

Era calderero en la Maestranza de los Ferrocarriles; se mantenía sucio y maloliente hasta el punto de apestar. Su indumentaria que originariamente debió ser de mezclilla, había adquirido con el aceite y el tizne una impermeabilidad de cuero.

Flora le quitaba el jornal y lo manejaba a su antojo. Él no se oponía gran cosa. Tenía psicología de muchacho y como muchacho era frágil de voluntad y tornadizo de actitudes.

A veces cuando sus compañeros lo hostigaban más de lo prudente, los seguía a la cantina y permanecía allí hasta el anochecer; pero esta debilidad no le resultaba gratuita. Una vez en casa, su hermana lo olía y si trascendía a vino lo injuriaba, concluyendo invariablemente por endurecerle los huesos a garrotazos.

Tomás vivía a través de sus manos. Sus únicas pasiones

consistían en trabajar hasta caer rendido y en estrujarle los pechos a cuanta mujer encontraba a su alcance. Por esta preciosa costumbre, además de las palizas, se había ganado carcelazos; pero estos añares no le inquietaban.

Las mujeres de la vecindad se cuidaban de no salirle al encuentro, lo miraban pasar con una inquina que nadie hubiera osado codiciarle.

Flora era amonestada a diario por mujeres que solían hasta llorar; como las reclamaciones no cesaban jamás, Flora se quejaba en público:

¡Cuando se le quitará esa maña a este bruto!

El bruto se defendía repitiendo asombradísimo: pero si apenas la toqué... Por nada se enojan... ¡En vez de agradecerme...!

Flora cansada de apalearlo, concluyó por privarlo de pan, cuando sus manazas ocasionaban un estrago.

La casa tenía tres piezas, de las cuales, una estaba siempre inhabitable. Tomás insatisfecho de trabajar sólo diez horas diarias, inventaba quehaceres que lo ocupaban hasta media noche.

De día examinaba las techumbres. Si descubría algún deterioro, desmontaba la parte lesionada y su martillo, una vez que anochecía bastante, sonaba horriblemente

ahuyentando el dormir de todos. Para sentirse más acompañado solía cantar tonadas.

Restaurada la techumbre, observaba las paredes con mirada erudita y si percibía una grieta, encontraba pretexto para tornarse serio y exclamar: ¡Esta pared está por caer... No pasen por aquí!

En seguida preparaba barro y la reforzaba. La humedad extremada ablandaba la muralla que pronto empezaba a desmoronarse. Entonces con júbilo de profeta gritaba: ¿Qué les decía...? ¿Era o no verdad?

Cuando esto acaecía, el patio quedaba intransitable.

Gracias a su manía me vi obligado a dormir en un rincón del patio. Por suerte las noches eran tibias. Tendido de espaldas divagaba mirando las estrellas. El ruido del mar flotaba en el aire... Tardaba en dormirme porque esa parte de la calle era concurrida por borrachines que la llenaban de gritos y canciones.

María empezó a trabajar en el Mercado. Nos veíamos solamente en la noche.

La falta de amigos me sumía en meditaciones sombrías. El hogar que me ofrecía albergue, me resultaba frío sin ella. Los

demás me desagradaban pasiva o activamente. Para disipar las torturadoras ideas fijas ambulaba hasta el agotamiento.

El recuerdo de los míos me inducía a idear involuntariamente hechos fastidiosos. Veía a mi madre enferma o se me ocurría que mi hermano podía ser atropellado. También sin quererlo padecía con estas suposiciones. Llegaba a sentirlas ciertas y sufría desmesuradamente.

Cuando iba al correo se me oprimía el pecho como si llevara una montaña encima. La posibilidad de recibir una mala carta hacía me retardar el paso.

A veces, ver un coche detenido era un motivo de asombro para mi conciencia. Y luego, mi asombro seguía ensanchándose ante nuevas percepciones. La alegría me hacía gesticular y el pesimismo reducía mis movimientos al mínimo.

Flora solía llegar al anochecer con ciertos amigos suyos aficionados a beber y bulliciar. No cesaban de producir alboroto durante la velada. María unía sus risas al coro. Casi siempre le rogaban que cantara.

Estas fiestas me deprimían y asqueaban; hubiera querido no presenciarlas. Sentado en un rincón distante, observaba con una parcialidad horrible. La alegría de esas gentes me humillaba y enardecía.

Viendo La diversión, mi alma se enconaba y rumiaba proyectos de asesinatos. Recordando las enseñanzas de un libro espiritista, concentraba mi mente en la palabra: “váyanse” y persistía minutos y minutos; pero nadie se iba...

La risa de María me golpeaba. ¿Cómo podía reírse con gentes tan estúpidas? Casi todos eran carniceros. Hombres amasados con tontería y grosería. Reían con estruendo al término de cada frase sin sentido. ¿Valía la pena reír por eso?

Entre ellos había un jovencito de cara limpia y sonriente. Venía con mucha, tal vez con demasiada regularidad. María lo hacía cantar y cuando intentaba irse, lo retenía rogándole: cante otra cosita... ¡no se vaya todavía! Este accedía y cantaba acompañándose con guitarra. Su voz levemente nasal ofendía mis nervios.

Una vez que el aburrimiento se me transformaba en tortura, me acostaba. Concluida la fiesta ella se me acercaba; pero simulaba dormir porque estaba cierto de que una sola palabra de su boca borraría mi rencor y yo quería odiarla mucho tiempo. Ella creyéndome dormido se retiraba a descansar. Entonces me sentía triste como si toda la tristeza del mundo gravitara sobre mí...

En el ángulo exterior de la casa se alzaba un promontorio

de escombros y de su centro salía un trozo de cañón. Antaño hubo un farol que alumbraba las veredas que unen los dos cerros; pero ya no queda otra huella o resto que el pedazo de cañería.

El camino desde que anochece tiene un recogimiento sensible. La oscuridad lo surte de obstáculos... Los escasos transeúntes que lo frecuentan se hacen ojos para evitar acechanzas. Es difícil llegar al cerro cercano con los huesos intactos. Un garrote invisible suele tumbar al nocherniego.

Cuando regresaba muy de noche, en el promontorio solía encontrar un sombrero suspendido sobre una manta. Al pasar, rozaba el bulto con una confianza que me resultaba inexplicable.

Más tarde, acostado en el patio pensaba o escuchaba el silencio que nunca era total. Cada cierto tiempo unos pasos se aproximaban, enfrentaban y seguían hasta el cerro vecino.

Entonces, de la manta un grito larguísimo salía, estirábase y repercutía en la lejanía. Luego un silbido horadaba la oscuridad y más tarde solía quebrarse un grito de vencimiento.

Cotidianamente un hombre o dos eran encontrados y llevados a la sepultura. De día solamente los guardianes aventuraban acercarse hasta ese solar.

Las comadres rodeaban a los difuntos haciendo observaciones fúnebres. Recordaban otros hechos parecidos, los relataban y concluían exclamando: ¡Qué hombres tan malos... si es de no creerlo!

Obtuve trabajo en una encuadernación. Trabajaba con mucho ánimo, casi con furor. En las tardes salía rendido pero satisfecho de existir. Conquisté un poco de tranquilidad y pensamientos más edificantes ocuparon mis horas de reposo.

María continuaba preocupándome sin que aguardara nada tangible de su amistad. Su conducta se mantenía inalterable. Vivía en un estado de dispersión espiritual. La tristeza no la penetraba jamás. Cuando me veía sombrío, con dos palabras me despejaba enteramente. ¡Qué jubilosa era, Dios mío!

Las reuniones además de ser más frecuentes atraían mayor concurrencia. Ella las animaba dividiéndose entre los asistentes. Apareció un nuevo visitante. Alto, delgado, de rostro movable.

Hablaba riéndose e inventaba historias graciosas. Siempre cantaba. Cantando adquiría una nueva realidad fisonómica.

En su voz había blandura y lograba hacerla afectiva. Sus manos tenían sobre las cuerdas un dominio de amo. La guitarra perdía su aspecto material y los acordes nacían hasta con cierta tibieza.

María tenía una canción favorita. Él adoptaba un gesto grave y echaba la voz al aire.

*Tengo el corazón partido
de sentimiento y dolor...
de ver tan entretenido
tu pecho con otro amor...*

Este visitante me desagradaba menos que los otros; ¡era tan simpático! Llegó a ser el amigo preferido de María.

Una vez le pregunté: ¿cómo es posible que teniendo un amigo atiendas a este joven...? Su contestación me secó: Él está en Santiago... Para no aburrirme me entretengo con los demás... ¿qué otra cosa puedo hacer? Cuando él llegue todo concluirá.

Anoche supe la muerte de un compañero. Al pasar por la vía férrea el tren lo rechazó contra un poste y éste, lo devolvió a las ruedas. Más tarde, sus camaradas ensacaron sus huesos y sus carnes deshechas y transportaron el bulto a la escuela.

Ortiz tenía una pequeña escuela racionalista en Viña del Mar; era una especie de proyecto en movimiento. Vivía a una prudente distancia de la realidad.

Sus restos fueron ubicados en el Centro Femenino. Las socias quisieron desde el primer momento rodearlo de velas mortuorias; pero los anarquistas no lo toleraron. El difunto había consumido su vida en la extirpación de los prejuicios y hacerlo víctima de un convencionalismo era algo contrario al espíritu cristiano.

Las mujeres escucharon los discursos con hermosa resignación. Más, cuando la concurrencia se deshizo, pusieron junto a cada ángulo del ataúd, una vela de cera.

Durante la noche y el nuevo día, el salón estuvo agitado. Una pequeña multitud de obreros entraba y salía con intermitencias. El acaecimiento daba a cada concurrente motivo para renegar del régimen.

Cuando el día se consumió del todo, sacamos el ataúd y nos fuimos al cementerio. El camino era largo... Tras el cajón seguían varios gremios con sus estandartes rojos.

Apenas el cortejo se movió, las antorchas fueron encendidas. La fúnebre comitiva adquirió un aspecto raro, vago, preocupador.

A medio camino una voz inició un canto y todas las gargantas se animaron y conmovieron. Los pasos perdieron su fatiga y la pesadumbre dejó de oprimir a los acompañantes. Cada uno ponía en el cantar la angustia propia.

Las voces se unieron al ruido del mar y repercutieron en las colinas inmediatas y se deslizaron hasta el infinito por la superficie de las aguas turbulentas.

El cementerio se hallaba en el costado de una ondulación y como todos los cementerios, imponía en los contornos un silencio de sueño.

Al llegar, el portero nos examinó con receloso espanto.

Una vez que el ataúd se perdió en la tierra, alguien trepó en una tumba y comenzó un discurso. Después hicieron lo mismo otros y otros. Todos los discursos eran semejantes. Solo el tono variaba... Permanecimos entre las tumbas hasta que llegó la media noche. Al salir, el portero volvió a examinarnos...

Estoy compartiendo el lecho con un compañero que no tiene más característica que su alegría de pandereta.

Su compañía ha restablecido mi ánimo y me ha librado un

poco de la filosofía de panteonero que empezaba a estragarme.

En las noches, mientras me adormezco, escucho su conversación anecdótica. Habla siempre de su país argentino. Es el último en dormirse y también en levantarse. Esta particularidad le ha conquistado la inquina más explícita de Flora.

Al iniciarse el alba en una de estas últimas noches, soñé un sueño sin justificación en mi medio. Un grupo de hombres zalagardeaba enconadísimo; se enardecían y rechazaban a manotazos.

Esta pendencia no me habría inquietado; pero los hombres iban poco a poco aproximándose a mi lecho y empezaba a temer que me pisotearan. De repente, una avalancha derribó a dos sobre mí dejándome apenas tiempo para recoger las piernas

La impresión fue viva en tal forma que desperté casi de una pieza. Abrí los párpados y distinguí a mi compañero accionando y hablando. Mientras dormíamos unos ladrones habían aligerado los zapatos, llevándose de paso una silleta, dos gallinas y varias especies.

Flora tartamudeaba de ira. Los demás hacían coro y abundaban acerca del cinismo de los rateros. ¿Por qué no robaban a los ricos?

Mi compañero braveaba como un condenado Aseguraba que él no se dejaba robar así no más ¡Verían!

Las gentes se fueron a dormir aleladas por el frío del alba. Mi camarada monologó herejías y juramentos durante cinco minutos; después fue imposible continuar estimulando su ira y disgustado y fosco se metió entre las sábanas.

Yo guardaba silencio. Estaba asombrado de hecho y procuraba explicármelo. Él, enfurecido porque la concurrencia no dio demasiada importancia al robo de su calzado, descargó toda su amargura en mis oídos...

—¡A usted no se le da nada! Como que no sufre perjuicio...

¿De qué modo saldré a trabajar...? ¿Le parece gracioso que a uno le roben los botines...? ¡Dígamelo! ¿Le agradaría que hicieran otro tanto con usted? ¡Ah! entonces lo vería quejarse... Usted no se da cuenta de lo que significa este hurto... ¿Qué dirá mi maestro? Dirá que me he embriagado, y sin embargo... ¿Se durmió? ¡Valiente sinvergüenza...!

Para economizarme las respuestas había adoptado el gesto invariable del hombre que duerme.

A la hora del almuerzo, las mujeres en vez de relatar enfermedades discutieron con entusiasmo el robo del amanecer.

Flora averiguó en la vecindad que el autor había sido “el

Cebollita” un merodeador del cerro. En esos mismos instantes el pícaro se daba a una “sandunga” desenfrenada en espera de las gallinas que le estaban condimentando. La fiesta se realizaba en la misma cuadra.

Mi compañero mascaba palabrotas y se miraba los pies embutidos en alpargatas. ¡Al sinvergüenza tendría que sucederle algo!

Las señoras le aconsejaron no mezclarse con personas de esa calaña. A nada bueno se arribaba.

Después, cada uno partió a su labor.

En la noche cuando nos disponíamos al reposo, nos sobresaltó un ruido de pasos ligeros y luego un grito que clamaba auxilio.

Corrimos a la pared de zinc. Un guardián se acuchillaba con un hombre. De repente, el guardián se apartó y huyó gritando, con las manos oprimidas contra el vientre.

Al mismo tiempo, el hombre cayó atravesado sobre una pequeña acequia que circunda al jardín. El hombre se lamentó y retorció; pero lentamente su voz fue extinguiéndose, amortiguándose hasta agotarse.

Flora trajo una lámpara y salimos a verlo. Tenía el rostro empalidecido absolutamente. Su herida había permitido la fuga de la sangre que corría revuelta con el agua pútrida.

Una vieja lo reconoció: ¡Dios mío; pero si es “el Cebollita”!

Entonces, mi camarada exclamó: ¡Este no volverá a robarme nada!

Han transcurrido los días y la indiferencia espontánea que María siente por el hombre que hay en mí, ha ido sepultando, reduciendo a nada nuestra amistad.

La imposibilidad de ser su hombre hace que mi pecho se vaya hinchando de odio. Odio hacia ella que a la vez es mi único apoyo afectivo y odio hacia cuantos me rodean. Yo mismo me siento cada vez más despreciable. Me repugno corporalmente por ser adorado, frágil, y moralmente por ser más recto y menos impulsivo que el común de los hombres.

Poseo una individualidad que me arruina. Sin desearlo y sin tener la consistencia espiritual necesaria, estoy como obligado a marchar por un camino donde sólo es posible ver o ser visto, sin participar jamás en la vida de los hombres.

Quizá, si todo este mal inmenso me lo ha creado la manía de explicarme demasiado las cosas.

Oh, si pudiera romper el nudo de mis impulsos, si pudiera desbordarme y acudir a la inmoralidad de imponer

dominación me sería permitido intervenir en la realidad; evitaría la vergüenza de ser descontado, deshecho y considerado incompleto; pero nada de esto es intenso en mí.

Un no sé qué absurdo me impone la calcinación interna y me condena a no expandirme, a no descansar en la dispersión.

María no puede aceptarme porque sólo encuentra en mí una admiración sin dádiva que la exprimiría, una reciprocidad sin latido, una inactividad pasional.

Su alegría, su generosidad con los demás, van acumulándome una reserva de rencor que me carcome. Empiezo a temerme porque cada vez se me hace más imperativa la necesidad de adoptar un propósito violento.

Experimento una especie de voluptuosidad frenética al aceptar como realizable la idea de inferirle una humillación física.

Sin embargo, sé que no debo esperar nada. Hace bastante tiempo que nuestros destinos giran inversamente. La distancia aumenta: pero falta un hecho que la defina.

En casa de la novia del buzo se están celebrando noche a noche, borracheras indecentes.

María llega al amanecer trascendiendo a vino. Esto me causa una desesperación insoportable que me obliga a decirle frases sarcásticas, crueles. Ella hasta ahora soportaba silenciosamente mis improperios.

Anoche llegó completamente beoda. Su hermosa bata blanca mostraba una infamante y enorme mancha de vino.

Con rabia infinita que no pude disfrazar le dije: "no necesitaba traer la muestra; ya suponía donde estaba..."

Esta frase la trastornó, la enfureció, la desbordó. Su reserva de animalidad, de instintos oscuros, le dieron una fisonomía casi espantosa.

Corrió al aparador, cogió una taza y la disparó violentamente contra mi cuerpo gritando a la vez: ¡Aprende imbécil! ¡Hasta cuando quienes que te soporte! ¡Con qué derecho te preocupas de lo que haga! ¡Debo quererte a la fuerza...! Es necesario que lo sepas... ¡Te aborrezco! Sí. Te odio... te odio porque eres un egoísta, porque te falta no sé qué para ser un hombre. ¡No quiero oírte ni verte más, nunca más! ¡Qué cosas me ha dicho, Dios mío!

Su impetuosidad la había agotado. Tumbada sobre el lecho, lloró con sollozos interminables, estremeciéndose; después fue apaciguándose hasta quedar dormida...

Valdivia –Viernes Santo de 1921.

APÉNDICE

TRAZOS DE PODER Y RESISTENCIA EN *EL CONVENTILLO* DE GONZÁLEZ VERA

Mario Rodríguez Fernández

Pablo Fuentes Retamal

Resumen

En el presente artículo se propone un análisis de la novela *El conventillo* de José Santos González Vera, a partir de las “catálisis” o “rellenos de la narración”. El estudio de tales unidades permite distinguir los efectos que suscita el poder en el universo narrativo representado en el relato, así como también los mecanismos de resistencia ejercidos por el narrador gonzalezveriano.

Tras deliberar en un restaurant santiaguino Ernesto Montenegro, Francisco Walker, y Juvenal Hernández deciden otorgar por una unanimidad el Premio Nacional de Literatura de 1950 a José Santos González Vera. Tal distinción no fue bien recibida por la crítica literaria, pues ésta se mostró más interesada en criticar la determinación del jurado que en abordar la obra literaria del autor.

Las divergencias suscitadas tras la distinción entregada a González Vera provocaron según Raúl Silva Castro “una especie de estupor en el circuito literario nacional” (p. 194).

Entre quienes sintieron estupefacción tras hacerse pública la resolución del jurado hallamos a Neftalí Agrella quien sostuvo que “ni en serio ni en broma se acepta que se haya premiado con 100 mil del país a un autor que sólo ha publicado dos libros” (p. 107). En la misma línea Francisco Dussuel afirma que “la obra de González Vera carece de continuidad [...] de trascendencia y de importancia” (p. 13). Por su parte Luis Durand manifiesta su disconformidad al sostener que “las obras completas de González Vera caben en un cuaderno de composición” (p. 118). De esta manera podríamos seguir precisando una veintena de juicios condenatorios que parecen haber bastado para soterrar y dejar en el olvido a una de las grandes figuras de nuestras letras nacionales.

Afortunadamente algunos críticos actuales han sabido dejar atrás tales prejuicios para reconocer el valor de la prosa gonzalezveriana y así restituírle el sitio que se merece dentro de las letras nacionales.

En esta postura se inscribe el poeta Armando Uribe Arce al sostener que “en todos los libros de González Vera no hay desperdicio posible. Hay que leerlos de principio a fin” (p. 9). En la misma línea se encuentra Camilo Mark al plantear en el prólogo a *Grandes cuentos del siglo XX* (2007) que González Vera es un autor “sacado de circulación e injustamente olvidado” (p. 14).

Consideramos que es imprescindible hacernos partes de aquellas proclamas vindicativas releendo y volviendo a pensar la obra de González Vera. La manera más adecuada para abordar aquella tarea es mediante la novela breve *El conventillo* (1918), ya que ésta no sólo fue la obra prima de nuestro autor, sino que además fue –en gran parte– la responsable de aquel polémico Premio Nacional de Literatura¹⁰.

Un joven González Vera de tan sólo veintiún años de edad publica la primera versión de *El conventillo* en el tercer número de la *Revista de Artes y Letras* (1918).

10 Al momento de recibir el Premio Nacional de Literatura González Vera había publicado tres novelas breves: *El conventillo* (1918), *Vidas Mínimas* (1923), y *Alhué*, catorce estampas de una aldea (1928).

En aquella edición el autor sólo da cuenta de la primera mitad de su texto, pues la versión definitiva saldrá a la luz cinco años más tarde en *Vidas mínimas*¹¹.

La importancia de tal novela radica en los esfuerzos de González Vera por convertir a las comunidades más carenciadas de la sociedad en los ejes temáticos de su narrativa, los cuales según Manuel Rojas estaban “hasta entonces ausentes del cuento chileno” (p. 87).

Es indispensable distinguir las pretensiones de nuestro autor en la búsqueda por representar a los sectores más desposeídos de la sociedad respecto de lo que habían propuesto sus pares realistas decimonónicos. Mientras estos últimos se amparaban en una mirada omnímoda que se situaba “por encima” de las clases populares, nuestro autor se sumergió en esa realidad y en ese espacio popular. La vinculación de González Vera con el bajo pueblo queda en evidencia en su texto autobiográfico *Cuando era muchacho* (1951) en donde nos habla del transcurso de su infancia en un conventillo capitalino:

En marzo fui admitido en la segunda preparatoria del

11 Bajo el título *Vidas mínimas* se presentan dos novelas cortas: *El conventillo* y *Una mujer*. Producto del asalto y destrucción a la imprenta *Númen*, durante años González Vera creyó extraviados tales textos. Según lo expuesto por Julio E. Valiente en *Revista Claridad* (1921) la destrucción de tal taller se debió a los sistemáticos intentos del presidente Arturo Alessandri Palma por acallar las voces disidentes y contrarias a su mandato.

Liceo Santiago. Sin perjuicio de estudiar, vagué por el barrio y no dejé rincón sin conocer. Existían calles formadas únicamente de conventillos, que se comunicaban por el interior y permitían hacer viajes pintorescos, sabiendo orientarse en la red de puertas y pasajes (p. 67).

La vinculación de González Vera con el mundo popular también se evidencia en el texto periodístico *Cuadros de vida* (1914) en donde el autor denuncia las graves carencias con que lidian aquellos que viven un conventillo: “cuando llego a la inmunda pocilga que tengo por refugio, y contemplo la miseria que encierra, siento el germen de la rebeldía en mí” (p. 18).

Al tener presente la ascendencia popular de González Vera no debiese suscitar mayor extrañeza que el narrador de *El conventillo* haya optado por asumir una perspectiva endógena de enunciación respecto de los circuitos culturales representados en el relato. Tal situación queda en evidencia cuando el narrador da inicio a la diégesis mediante la frase: “Vivo en un conventillo” (p. 20)

De acuerdo a lo propuesto por el crítico Alone en el prólogo a *Vidas mínimas*, el narrador gonzalezveriano en sus intentos por representar con exhaustividad a todos aquellos sujetos que pululan en el universo narrativo de *El conventillo* se vale de “un espíritu muy curioso [...] que mira minuciosamente, estudia con ojo atento y describe detalle

por detalle” (p. 12). Coincide con aquella apreciación Fernando Alegría al sostener que el narrador gonzalezveriano emplea “una penetración fina y profunda [para revelar] las pequeñas miserias humanas” (p. 81).

Podemos apreciar que ambos críticos concuerdan al sostener que los detalles y la fineza en la mirada son recursos narrativos privilegiados en la narración gonzalezveriana. Este hecho nos conduce a pensar que la manera más adecuada para ingresar a *El Conventillo* es el análisis de aquellas unidades de la narración que Roland Barthes denominó “rellenos o *catálisis*”. (p. 179). Tales aristas del relato son definidas por el crítico francés como “detalles superfluos” que no afectan las acciones que estructuran el relato por lo que son consideradas, a primera vista, como inútiles y carentes de sentido. Aunque parezca que aquellas unidades no tienen más valor que completar los espacios vacíos entre las funciones cardinales¹² del relato, siguiendo al propio Barthes en *El efecto de realidad* (1987) podemos señalar que tras dichos rellenos o lujos de la narración se esconde y anida el poder.

Por consiguiente, en el presente artículo nos hemos propuesto pesquisar aquellos detalles en apariencia “inútiles y carentes de sentido” en la narración de *El conventillo*, para

12 Roland Barthes distingue dos unidades funcionales en la narración: las denominadas *funciones cardinales* que constituyen las verdaderas bisagras del relato; y las llamadas *catálisis* que no harían más que llenar el espacio narrativo vacío entre las funciones cardinales.

luego preguntarnos de qué modo el poder deja sentir sus efectos en el universo narrativo representado en el relato.

Tentativamente consideramos que no sólo el poder se vale de este recurso para construir cuerpos dóciles en *El conventillo*, sino que además el narrador gonzalezveriano utiliza este mismo mecanismo narrativo para resistir al poder.

La concretización de tal óptica de trabajo será doblemente provechosa pues nos permitirá mostrar aristas de la prosa gonzalezveriana que aún permanecen inexploradas, y además podremos dar cuenta de diversos aspectos del relato estudiado, que erróneamente han sido catalogados como superfluos e irrelevantes, a pesar de estar repletos de significación y sentido, en relación al poder.

Para comenzar con esta tarea, en primer término hemos decidido abordar el espacio novelesco de nuestra narración, pues tal como sostiene Michael Foucault en *El ojo del poder* (1980) esta es una “forma económico-política que hay que estudiar en detalle” (p. 12).

Trazos de poder en *El Conventillo* de González Vera

La totalidad de las acciones narrativas de nuestra novela transcurren en un conventillo cuya disposición espacial es puesta en evidencia por el narrador gonzalezveriano en el primer párrafo de la narración:

La casa tiene una apariencia exterior casi burguesa. Su fachada, que no pertenece a ningún estilo, es desaliñada y vulgar. La pared, pintada de celeste, ha servido de pizarrón a los chicos de la vecindad, que la han decorado con frases y caricaturas risibles y canallescas (p. 20).

El color celeste con que se ha decorado la pared es un detalle que se explica a partir de la fachada exterior de la casa. En dicha asociación la apariencia “casi burguesa” del inmueble nos entrega las pautas para comprender la predilección del celeste –entendido más bien como un azul desvaído– por sobre otra tonalidad.

Si hacemos una genealogía del detalle podremos notar que el color azul ha sido empleado por las clases burguesas para distinguir su ideario político. Por ejemplo, en el siglo

XVII los *tories*¹³ utilizaron el azul para diferenciarse en el espectro político británico de aquellos entonces. Más tarde en el siglo XX la División Azul¹⁴ española se vale del mismo color para representar su ideario político, al igual que el Partido Demócrata en los Estados Unidos. En lo que respecta a nuestra Latinoamérica podemos mencionar la novela *Amalia* (1851) de José Mármol en donde el azul adorna la habitación de su acaudalada protagonista:

Toda la alcoba estaba tapizada con papel aterciopelado [...] que representaban caprichos de luz entre nubes ligeramente azuladas [...] al otro lado de la cama se hallaba una otomana cubierta de terciopelo azul [...] a los pies de la cama se veía un gran sillón, forrado en terciopelo del mismo color que la otomana. (p. 18–9).

En el mismo relato las vestimentas del comandante Ciutiño se tiñen de tal color, pues éste siempre lleva puesto “un poncho de paño azul” (p.41); al igual que el jefe de la policía de Rosas que utiliza una “una chaqueta de paño azul” (p. 46).

De esta manera es posible sostener que la pared celeste del conventillo no es un detalle superfluo en la narración,

13 *Tories* es el nombre con que se conoce a los militantes y simpatizantes del Partido Conservador Británico.

14 La División Azul fue una fracción del ejército alemán conformada por voluntarios españoles que sirvieron al Tercer Reich en el Frente Oriental contra la Unión Soviética.

sino que por el contrario tal elección cromática cobra sentido al plantear una lectura política del color. Tal análisis del poder nos permite consignar aspectos de la narración gonzalezveriana que erróneamente han sido catalogados como carentes de sentido, por ejemplo Ester Ljungstedt se equivoca al sostener que:

Los colores juegan un papel insignificante en la obra [gonzalezveriana]. No se encuentran ejemplos donde el color ponga especialmente de relieve las ideas del autor [...] éstos no tienen un gran valor estilístico en su obra. Más bien se puede decir que brillan por su ausencia (p. 19).

Al hacer una analítica del espacio en *El conventillo* se aprecia cómo tras su disposición arquitectónica se esconde y anida el poder:

La puerta del medio permite ver hasta el fondo del patio. El pasadizo está casi interceptado con artesas, braseros, tarros con desperdicios y cantidad de objetos arrumbados a lo largo de las paredes ennegrecidas por el humo. Hay en el fondo del patio un hacinamiento de muebles (p. 20).

La disposición de la puerta principal que permite “ver hasta el fondo del patio” revela una arquitectura panóptica mediante la que se genera un estado consciente y permanente de visibilidad en los residentes del conventillo.

En razón de tal distribución del espacio nos remitimos a lo propuesto por Michael Foucault en *Vigilar castigar*, en donde el investigador francés sostiene que en el edificio panóptico es indispensable que “las aberturas estén bien dispuestas” (p. 206).

La funcionalidad del pórtico principal se ve potenciada con la distribución de las habitaciones del conventillo, las cuales son asimilables según el narrador gonzalezveriano a “una colmena” (p. 21). Jeremías Bentham también se vale del mismo símil para referirse al correcto ordenamiento del edificio panóptico, señalando que éste debe constituirse “como una colmena, cuyas celdillas todas pueden verse desde un punto central” (p. 36). De esta manera la distribución espacial del conventillo facilita el ejercicio de la vigilancia, ya que a la mirada titular del vigilante se añaden una serie de observadores anónimos.

Las delgadas paredes del conventillo obligan a sus moradores a ser parte en las tareas de vigilancia. En tales labores se ve inmerso nuestro narrador cuando oye –sin desearlo– cómo sus vecinos dan sosiego a sus deseos carnales:

Cierta noche [...] mientras yo escribía, sentí un forcejeo, complementándolo con gritos ahogados y risotadas [...] la pareja se movía de un punto a otro. Tan pronto se estrellaba en la pared como iba a chocar contra el armario, remeciendo tazas y cucharas; hablaban

jadeando, sin perder el buen humor, hasta que caían al catre, en donde continuaba algo semejante a una lucha. (p. 34)

En este caso las delgadas paredes del conventillo responden a la lógica de la vigilancia, pues tal como sostiene Jeremías Bentham en el edificio panóptico se busca “dar transparencia a las paredes” (p. 70) para que así sean sus propios moradores quienes ejerzan control sobre los demás. A su vez Michael Foucault propone en *Vigilar y castigar* que los temas de vigilancia han de estar inscritos en la arquitectura, pues tal como ocurre en la Escuela Militar las paredes deben ser capaces de hablar en contra de la homosexualidad y la masturbación (*El ojo del poder*, p.13).

Si fijamos la mirada al interior de las habitaciones del conventillo podremos advertir que el poder también deja sentir sus efectos en ellas, al modo de lo ocurrido en el cuarto de Bautista:

Su cuarto es hondo [...] hállase repleto de cajones y tarros. En la pared hay oleografías brumosas y, sobre la cabecera de su camastro, un retrato de Balmaceda. Además, garfios, embutidos aquí y allá sostienen extraños envoltorios. (p. 51–2)

La figura del presidente José Manuel Balmaceda (1840–1891) es un aspecto ambivalente en la narración de *El conventillo*, ya que puede ser comprendida tanto en su

relación con el poder, así como desde una perspectiva historicista. Respecto del primer enfoque debemos remitirnos a lo propuesto por Michael Foucault en *Vigilar y castigar* en donde el investigador francés sostiene que sobre las paredes del edificio panóptico se hallan escritos mensajes como: “Dios os ve” (p. 273). Tales sentencias no sólo obran sobre la moral sino que además pretenden encauzar la conducta.

Por el contrario, si abordamos el retrato del presidente Balmaceda desde un enfoque historicista notaremos que el mandatario significa en el imaginario de las clases populares una víctima de la oligarquía.

Según el historiador Patricio Bernedo durante el gobierno del presidente José Manuel Balmaceda se propiciaron fuertes políticas públicas enfocadas en mejorar el acceso a la educación¹⁵, modernizar el equipamiento urbano de las principales ciudades del país¹⁶, e incrementar la conectividad a lo largo del territorio nacional¹⁷. Todos aquellos adelantos

15 Durante el gobierno de Balmaceda se incorporaron 35.000 mil niños al sistema educacional. Además, se fundó el Instituto Pedagógico, la Escuela de Artes y Oficios, y en el sector privado se inauguró la Pontificia Universidad Católica.

16 Según el historiador Francisco Encina durante el gobierno de José Manuel Balmaceda se dotó con agua potable a “15 ciudades y se dejó iniciados los estudios para favorecer con esta elemental medida sanitaria a 36 más” (p. 1814).

17 Con Balmaceda se construyeron alrededor de 1000 kilómetros de línea férrea, extensión que iguala todas las administraciones anteriores.

se consiguieron gracias a la nacionalización de las salitreras y de ferrocarriles. Dicho proceso despertó un fuerte “rechazo en los capitalistas extranjeros” (Bernedo, p. 336) a los que se sumaron prontamente banqueros y oligarcas. Debido al descontento con las políticas impulsadas por Balmaceda los sectores acomodados de la época decidieron boicotear al gobierno apoyando económicamente a Jorge Montt en la organización de un ejército capaz de derrotar las fuerzas leales al presidente.

Tales sucesos terminaron por desatar la Guerra civil de 1891, y por conducir al presidente Balmaceda al suicidio.

Al consignar una lectura histórica del presidente Balmaceda se abren nuevas brechas interpretativas que nos permiten sostener que el retrato situado sobre el camastro de Bautista significa desde la óptica del poder una figura representativa de los sectores populares, que tal como ellos, fue víctima de las clases dominantes. Es decir, es una forma simbólica de resistencia.

En el conventillo la señora Paula es la titular en el ejercicio del poder, ya que el dueño del inmueble la ha investido con el cargo de mayordoma: “esta mujer es la arrendataria más antigua: el propietario, burgués caritativo por aburrimiento, la hizo mayordoma cuando murió su marido” (p. 25).

Las razones que motivaron al propietario del conventillo a otorgar la categoría de mayordoma a la señora Paula pueden

ser explicadas mediante el funcionamiento de la industria metalúrgica del siglo XIX. En las factorías de aquellos años la autoridad patronal delegaba su poder sobre un jefe que “era generalmente el obrero más anciano o más cualificado” (Foucault, *El ojo del poder*, p. 11). Por consiguiente, la elección de la señora Paula se explica al considerar su antigüedad como inquilina del inmueble.

Si prestamos atención a la descripción física de la señora Paula notaremos aspectos de su constitución que nos permiten distinguir la presencia del poder:

“Son las siete de la mañana. La Señora Paula empieza a barrer. Es alta, flaca, arrugada, la ofende hacerlo. Tiene hermosos ojos de expresión algo salvaje. Lleva la cabeza envuelta en un pañolón desflecado y negro como su vestido. El centro y los rincones del patio, llenos de papeles, cascaras, cenizas y hasta piedras, dificultan el barrido. Ella anuda sus manos ganchudas al mango de la escoba y empuja los desperdicios, que apenas se mueven” (p. 24).

La descripción de la mayordoma parece agregar detalles superfluos a la narración, sin embargo, al valernos de una mirada acuciosa podemos consignar que tras su altura, delgadez, y ubicación se esconde una alegoría al edificio panóptico. Recordemos que Jeremías Bentham propone que en tal estructura “una torre ocupa el centro, siendo ésta la habitación de los inspectores; [los cuales] están dispuestos

de modo que cada uno domine sobre las líneas de celdillas” (p. 36). De esta manera la descripción de la señora Paula nos trae a la memoria la torre de observación del edificio panóptico, ya que desde su ubicación central puede ejercer la vigilancia por sobre todos los arrendatarios del conventillo.

También es necesario prestar atención a la temprana hora de la mañana en que la mayordoma da inicio a sus actividades, pues al igual que el carcelero debe asumir su puesto de vigilancia antes que los prisioneros den inicio a su cotidianeidad penitenciaria.

En diversos pasajes de nuestra novela podemos hallar a la señora Paula barriendo en procura de la limpieza del conventillo. Tales anhelos de la mujer nos remiten a lo propuesto por Mario Rodríguez, quien plantea que en la sociedad disciplinaria hay un miedo constante al contagio por lo cual se anhela la limpieza y la asepsia (p. 35). Las aspiraciones de la mayordoma por conseguir un espacio sanitizado se ratifican en los momentos en que la mujer expresa su incomodidad por la tos del pescadero:

La mayordoma detestábalo (al pescadero) porqué tosía tanto. Algunas noches se desvelaba oyendo el sonido hueco y uniforme de la tos. Cuando ésta se interrumpía, aumentaba su malestar. Parecíale ilógico no oír nada. ¿Qué sucedería? Pero, de repente la tos seca y destemplada rompía el silencio con aspereza de cañón.

Entonces suspiraba y seguía el ritmo hasta dormirse (p. 41).

Los efectos que suscita la tos del pescadero en la mayordoma nos retrotraen a la ciudad apestada, en donde la respuesta al contagio era la más estricta de las vigilancias. De este modo la preocupación de la mujer se asemeja a la disciplina individualizadora impuesta por el intendente quien debía localizar, examinar y distribuir a cada individuo “entre los vivos, los enfermos y los muertos” (Foucault, *Vigilar y castigar*, p. 201). Tal ordenamiento y jerarquización de los individuos se evidencia en nuestra novela tras la muerte de la tísica, ya que la mayordoma se preocupa por certificar el deceso de la arrendataria y por organizar los ritos funerarios correspondientes:

La mayordoma alargó su mano y la posó en la frente de la tísica, luego le palpó el rostro, meneó su cabeza y exclamo:

–¡Si parece mármol! [...]

La mayordoma, entretanto, había quitado los trastos de la mesa y la cubrió con una sábana. En seguida, ella y dos vecinas se doblaron ante el lecho, lavaron el cuerpo de la tísica, la cubrieron con ropa limpia, y tomándolo del cuello, la cintura y las piernas, lo transportaron penosamente sobre una mesa, colocaron una almohada bajo la cabeza y lo taparon con la sabana (p. 44–5)

Tal como lo hacía el intendente en la ciudad apestada, la mayordoma ejerce una severa vigilancia sobre enfermos, muertos y vivos. Estos últimos no sólo ven sometidas sus conductas y comportamientos al ojo inquisitorial de la señora Paula, sino que además sus deseos serán presa de su mirada punitiva. Dicha situación se aprecia en aquellos momentos en que nuestro narrador desiste en sus intentos por besar a la mujer que pretende, tras sentir la mirada reguladora de la mayordoma:

Intenté besarla (a Margarita) pero una sonajera repentina me hizo volver la cabeza. La mayordoma con un soplador avivaba el fuego de su cocina. Desviamos el dialogo y esperamos un momento. La mayordoma continúa en su sitio. Después arrojó los carbones enrojecidos al brasero, se acomodó en el umbral de su puerta (p. 36).

La ubicación que asume la mayordoma en el umbral es una localización estratégica, pues desde ahí puede aprehender con la mirada a todos los habitantes del conventillo. Esta situación es asimilable a las funciones ejercidas por el inspector en el edificio panóptico, quien de acuerdo con Michael Foucault sometía a una mirada incesante a los internos para que así éstos perdiesen la facultad de hacer el mal e incluso el pensamiento de querer hacerlo (*El ojo del poder*, p. 17).

Si dejamos atrás a la mayordoma para centrarnos en el propietario del conventillo advertiremos que las prendas y

colores con que éste viste ponen en evidencia su condición burguesa: “a los tres días se hizo presente el propietario, que traía una bufanda blanca en torno a su macizo cuello” (p. 61).

A primera vista pareciese que la bufanda blanca con que viste el propietario no aporta elementos significativos a la narración de *El conventillo*, sin embargo, tal detalle refleja las contradicciones suscitadas entre las clases burguesa y proletaria. Para dar cuenta de aquella dialéctica es necesario remontarnos al siglo XIV para construir una breve historia de la bufanda, y señalar que el origen de dicha prenda se remonta a la nobleza árabe especialmente a la familia del rey Zain-ul-Ahadin. Posteriormente en el siglo XVII las bufandas se convirtieron en parte de la alta moda europea gracias a la gran cantidad de ellas que Napoleón Bonaparte le obsequió a su esposa la Emperatriz Josefina de Beauharnais. Finalmente en el siglo XX las bufandas pasan a ser habituales en los guardarropas de las mujeres burguesas francesas.

Mediante este breve recorrido por la historia de la bufanda, podemos asegurar que la prenda que el propietario lleva atada a su cuello es propia y característica de las clases acomodadas. El color blanco de la bufanda también nos revela las profundas diferencias suscitadas entre la burguesía y el proletariado. Mientras que el representante de las clases acomodadas hace ostentación de su pulcra indumentaria, las clases trabajadoras se limitan a añorar tal tonalidad, ya que el hollín de sus viviendas les ha impuesto el color gris:

Al lado de cada puerta, en braseros y cocinitas portátiles, se calientan tarros con lavaza¹⁸, tiestos con puchero y teteras con agua. Pegado a las paredes asciende el humo, las manchas de hollín y por sobre los tejados forman una vaga nube gris (p. 21).

El color blanco no sólo colorea las prendas de la clase burguesa, sino que además dicha tonalidad se hace extensiva a la piel de las mujeres acomodadas.

En razón de ello, el zapatero del conventillo comenta anhelosamente: “cuando uno piensa en las mujeres que tienen los ricos, tan blancas, tan preciosas, parecen hechas a manos” (p. 64).

Mientras en las clases burguesas las dimensiones estéticas son un factor determinante al momento de escoger las prendas y los colores con que se vestirá, en las clases proletarias dichos aspectos son factores superfluos pues las duras condiciones de vida y de trabajo les impiden prestar atención a tales aspectos. Las diferencias entre una y otra clase social son puestas al descubierto cuando el narrador gonzalezveriano describe el cabello del zapatero:

El zapatero habita el cuarto inmediato al de la mayordoma. Trabaja cerca de la puerta. Es un hombre erguido, de aspecto vigoroso, moreno, con varios lunares

18 Alimento con desperdicios de alimentos que se conoce comúnmente también como Escamocha, Descarte, Friegue, Filtradas, Soras. [N. e. d.]

en el rostro. Tiene pómulos salientes, ojos pequeños y cabellos híspidos que se deja muy cortos. Es limpio (p. 53).

El largo con que el pescadero mantiene su cabello responde a sus duras condiciones de existencia. Para entender tal lógica debemos remitirnos al texto autobiográfico *Cuando era muchacho* en donde el propio González Vera nos revela que durante parte de su vida se vio obligado a ejercer el oficio de peluquero:

Hízome entrar (la cesantía) de aprendiz en una barbería situada en calle San Pablo cerca de Brasil [...] un sujeto pide corte cuadrado que exige gran atención. Fuera de cortar, hay que untar cada pelo con cabo hasta dejar la cabeza igual a un cepillo. Otros preferían corte redondo. Basta con disminuir el cabello de mayor a menor, y no requiere ningún mejunje. Ambos estilos, muy varoniles por cierto, hacían innecesario el peinado cotidiano (p. 172).

De esta forma saltan a la vista las razones que motivan a los varones de la clase trabajadora a privilegiar un cabello corto por sobre otro estilo, pues éste les permite dedicarse a sus labores productivas sin perder tiempo en acicalarse. La predilección de las clases populares por el cabello corto es, en realidad, un imperativo laboral que contrasta con los peinados sugeridos por los estetas, quienes según González Vera preferían optar “por la melena, [a pesar de quedar]

sujetos a comercio diario con la peineta” (*Cuando era muchacho*, p. 172). La burguesía usa melena porque es ociosa, en cambio el proletariado no puede darse el lujo de perder tiempo productivo.

El análisis que hemos propuesto de los detalles en la narración de *El conventillo* nos permite sostener que el poder es un tópico que cruza transversalmente el relato estudiado, y que deja sentir sus efectos desde el comienzo hasta el fin de la narración. Sin embargo, en este no sólo funciona el poder, ya que también podemos hallar la resistencia a él mediante el empleo de algunos recursos narrativos.

Trazos de resistencia en *El Conventillo* de González Vera

Los espacios iluminados son aliados de la mayordoma en el ejercicio de la vigilancia, pues le permiten aprehender con facilidad hasta los más mínimos recovecos del conventillo. Afortunadamente los habitantes del inmueble han sabido detectar fisuras en el poder, por lo que se han desplazado hasta las zonas oscuras del relato:

Es de noche. La sombra borra la fisonomía del conventillo y se prolonga hacia todas partes; la oscuridad dilata los límites [...] por los rincones del patio los vecinos charlan, formando manchas móviles [...] un vecino pide una canción [...] el grupo ha crecido [...] el zapatero reclama una cueca. Entonces pierde el arpa su vacilación [...] su música se desgrana tumultuosamente se anima, se exalta [...] el condenado zapatero saca a bailar a Juana (p. 41-2).

“Noche”, “sombras” y “oscuridad” son armas detonadas por los moradores del conventillo para lograr escapar del poder disciplinario impuesto por la mayordoma, y así ejercer sus individualidades.

También podemos apreciar resistencia al poder en aquel pasaje de *El conventillo* en que nuestro narrador nos hace patente su incomodidad respecto de la novela leída por Margarita:

Un novelón de Luis Val la ha entusiasmado. Lee todas las noches y comenta con su madre las aventuras del conde Salvatierra [...] la novela es un tejido de episodios estóridos. Los personajes producen la impresión de haber caído de otro planeta. Son absolutos: invariablemente buenos o sistemáticamente malos. No se contradicen ni se desvían. Funcionan con precisión de tornillos [...] empero, este libro gusta a Margarita (p. 37).

A primera vista pareciese que la mención al novelista español Luis Val (1867–1930) no fuese un aporte sustancial a la narración, sin embargo, al tener presente la significación ácrata de González Vera tal mención bibliográfica cobra un sentido de denuncia. Siguiendo a Víctor Domingo Silva los circuitos anarquistas de comienzos del siglo XX consideraban la literatura peninsular plebeya una férrea enemiga de las clases populares, pues no pretendía más que sumergir las conciencias proletarias en la somnolencia y la modorra intelectual:

Nuestras ciudades siguen siendo el mejor mercado para abominaciones [...] tanto editores como libreros europeos saben que tiene en este continente un consumo vasto, seguro y permanente [...] todo lo leemos

lo devoramos y pagamos. No hay mediocridad peninsular que no encuentre editor, pues éste sabe que en América se recibe la mercadería a fardo cerrado [...] nos llegan en cada vapor libros de 50 imbéciles [...] entre esos abundan las firmas de Ponson du Terrail, de Invernizzio, de Luis de Val y demás industriales de la novelería plebeya (1912, sin pp.).

Las novelas de Luis de Val se oponen radicalmente al fin social que González Vera le atribuía a la creación literaria, ya que para nuestro autor el buen escritor debe ser capaz de “registrar los pensamientos del pueblo, todo el contenido de su voz, y su sentir múltiple” (*Eutrapelia, honesta recreación*, p. 84).

Del mismo modo, tras los diseños con que los jóvenes del conventillo han decorado sus habitaciones se aprecia cierta resistencia al poder:

Las paredes hallábanse surcadas de grietas. Hasta la cal había tomado un color de madera seca, que se interrumpía en multitud de agujeros y trazos [...] los tabiques, empapelados con periódicos, ostentaban figuras de personajes y caricaturas de políticos incontenibles (p. 33).

Las caricaturas de políticos que adornan las paredes buscan parodiar y hacer mofa de las clases dirigentes. El tono humorístico que éstas conllevan puede ser entendido desde

la perspectiva de Maximiliano Salinas como “una prolongada resistencia de la cultura popular a la controladora rigidez de la razón instrumental moderna” (p. 192).

La crítica literaria ha reconocido en el humorismo un tópico habitual en la escritura narrativa gonzalezveriana, por ejemplo Mario Ferrero subraya la agudeza mental de nuestro autor al calificarlo “maestro del entrelíneas” (p. 32). De la misma manera Donald Fogelquist sostiene “que González Vera es un humorista neto” (p. 317). Por su parte la investigadora sueca Ester Ljungstedt sostiene que en la prosa gonzalezveriana se hallan “toda especie de retratos humorísticos [...] explotadas con la comicidad de la vida popular” (p. 75). Si bien las diversas apreciaciones críticas coinciden al sostener que el humor es un elemento significativo en la prosa gonzalezveriana, hasta ahora ningún estudio ha apreciado en dicha arista un mecanismo de resistencia al poder.

El humor se constituye en un arma de resistencia en los pasajes finales de nuestra novela cuando se ridiculiza la figura del propietario del conventillo:

Supe una mañana que se había presentado el propietario, un médico fracasado, gordo y colérico. Se encaró con el inquilino lo mortejó de tramposo y ladrón, y le pidió que dejara la pieza inmediatamente.

El vecino Adolfo se cortó, no supo qué contestar y salió

corriendo hacia el fondo del patio, ante el asombro del otro, y volvió con un balde de agua. El dueño lo miraba con ojos de asombro y éste creció cuando aquél, sin declaración previa, se lo vació en la cabeza. El propietario, medio trastornado, formuló mil amenazas y corrió en busca de un guardián. [.]

Cuando Adolfo y su mujer escapaban, se les cruzó el zapatero y, en forma muy solemne, le dio la mano y expreso:

–¡Su acción nos ha vindicado a todos! (p. 61).

Las palabras de agradecimiento expresadas por el zapatero tras el acto vindicativo de Adolfo nos permiten sostener que en la narrativa de González Vera el humor constituye resistencia al poder. De esta manera, al seguir los trabajos de Maximiliano Salinas no es arriesgado afirmar que en la prosa gonzalezveriana el humor representa una “una suerte de contracultura [...] que rebasa o rechazan la cultura oficial, no a través de ideologías o discursos culturales organizados, sino a través de actos o actitudes” (p. 194).

Considerando lo que hemos expuesto en el presente artículo podemos sostener que el poder efectivamente se vale de las catálisis o rellenos de la narración para ejercer sus efectos en las más diversas aristas del universo narrativo representado en *El conventillo*. Mediante este recurso se da lugar a una microfísica del poder que se palpa en la

arquitectura del edificio, en la distribución de las habitaciones, en la disposición de éstas, etcétera; del mismo modo, hallamos esta microfísica en las vestimentas de los personajes, en sus corporalidades, deseos, etcétera.

El análisis que hemos propuesto de los pormenores de la narración gonzalezveriana nos ha permitido demostrar que la dialéctica de clases no sólo se deja sentir a nivel ideológico y discursivo, sino que también en detalles y aspectos tan ínfimos como el largo del cabello, las prendas utilizadas al vestir o los colores con que decoran las viviendas, entre otros.

Afortunadamente la presencia del poder no es absoluta en nuestra novela, pues el lúcido narrador gonzalezveriano ha salido a su encuentro utilizando los mismos recursos narrativos que éste ha empleado. De esta manera, tras los detalles de la narración de *El conventillo* no sólo hallamos la presencia del poder, sino que también encontramos confrontación y resistencia a los discursos hegemónicos.

Referencias bibliográficas

- AGRELLA, Neftalí (8 de abril de 1951) “En torno al premio nacional”. En *El Mercurio*; p. 35.
- ALEGRÍA, Fernando (1962) *Las fronteras del realismo: literatura chilena del siglo XX*. Santiago: Zig-zag.
- ALONE (1954) *Historia personal de la Literatura Chilena*. Santiago: Zig-zag.
- BARTHES, Roland (1987) “El efecto de realidad”. En *El susurro del lenguaje. Más allá de la palabra y la escritura*. Madrid: Paidós; pp. 179–187.
- BENTHAM, Jeremías (1989) *El panóptico*. Madrid: La Piqueta.
- BERNEDO, Patricio (1999) “El siglo XIX”. En *Nueva Historia de Chile*. Santiago: Zig-zag; pp. 195–350.
- DURAND, Luis (1953) *Gente de mi tiempo*. Santiago: Nascimento.
- DUSSUEL, Francisco (19 de julio de 1959) “Letras chilenas”. En *El Diario Ilustrado*; p. 13. ENCINA, Francisco (1954) *Resumen de la Historia de Chile*. Tomo III. Santiago: Zig-zag.
- FERRERO, Mario (1960) *La prosa chilena del medio siglo*. Santiago: Universitaria.
- FOUCAULT, Michel (1999) “El ojo del poder”. En *El Panóptico*. Madrid: La Piqueta; pp. 9–26.

FOUCAULT, Michel (2000) *Vigilar y castigar*. México: Siglo XXI.

GONZÁLEZ VERA, José Santos. (1914) “Cuadros de vida”. En *Letras anarquistas: José Santos González Vera y Manuel Rojas* (pp.18–19). Santiago: Planeta.

GONZÁLEZ VERA, José Santos (1918) El conventillo. En *Revistas de Artes y Letras*, 3, 266272.

GONZÁLEZ VERA, José Santos (1951) *Cuando era muchacho*. Santiago: Nascimento. GONZÁLEZ VERA, José Santos (1954) *Eutrapelia, honesta recreación*. Santiago: Babel. GONZÁLEZ VERA, José Santos (1970) *Vidas mínimas*. Santiago: Nascimento. LJUNGSTEDT, Ester (1965) *Un prosista chileno: José Santos González Vera*. Madrid: Ínsula. MARKS, Camilo (2007) *Grandes cuentos chilenos del siglo XX*. Santiago: Editorial Sudamericana.

MÁRMOL, José (1991). *Amalia*. México: Porrúa.

RODRÍGUEZ, Mario (2006). Novela y poder. El panóptico. La ciudad apestada. El lugar de la confesión. En *Utopía y mentira de la novela panóptica*. Concepción: Editorial de la Universidad de Concepción; pp.25–49

ROJAS, Manuel. (1964) *Historia breve de la literatura chilena*. Santiago: Zig-zag.

SALINAS, Maximiliano (2010) “La risa de Gabriela Mistral. Una historia cultural del humor en Chile e Iberoamérica”. En *Revista chilena de literatura*, 81; pp. 191–194.

SILVA CASTRO, Raúl. (1955) *Panorama de la literatura chilena*,

1843–1953. México: Fondo de cultura económica.

SILVA, Víctor Domingo. (2 de febrero de 1912). El arte y su misión social. *Ideas y figuras*. VALIENTE, Julio E. (1921). *Asalto y destrucción de la imprenta Númen*. Recuperado el 9 de enero de 2013, del sitio Web Claridad: órgano oficial de la federación de estudiantes de la Universidad de Chile: www.claridad.uchile.cl/index.php/CLR/article/viewArticle/6808/6646

URIBE ARCE, Armando. (2005). “Presentación a *Letras ácratas*”. En *Letras anarquistas: José Santos González Vera y Manuel Rojas* Santiago: Planeta; pp.7–15.